

CRISTIANDAD

Año XIX - Núm. 373

BARCELONA

MARZO 1962

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958

EL DESARME

Después de la guerra del catorce, el mundo vivió unos años de idílicas promesas de paz. Fue la luna de miel de la Sociedad de Naciones que abrió sus puertas a los vencidos, los tiempos de Mac Donald, Briand, Stresmann, con su trilogía *Conciliación, Arbitraje, Desarme*, del tratado de Locarno y del pacto Kellog de renuncia a la guerra. Pero, ¡cuán poco duraron las ilusiones! Se esfumaron pronto ante la decidida voluntad de rearme de los nuevos regímenes de fuerza.

La primera guerra terminó, todavía, con un tratado de paz que firmaron vencedores y vencidos: el "diktat" de Versalles, como éstos le llamaron luego. En la última guerra, a los veinte años, casi, de terminada, ni los mismos vencedores se han puesto de acuerdo, aún, para el tratado de paz, que Rusia *amenaza* firmar por separado con la Alemania Oriental.

Las buenas relaciones de las dos primeras potencias aliadas, los Estados Unidos y la U.R.S.S., sobrevivieron poco a la muerte de Roosevelt, el condescendiente amigo de Stalin. Se mantuvieron aún durante el primer mandato de Truman, pasivo espectador de la conquista de la inmensa China por Mao Tse Tung, apoyado por la U.R.S.S. En su segundo mandato estalla ya la guerra de Corea, que enfrenta a Norteamérica con los comunistas chinos. Comienza la "guerra fría" con sus altibajos. (Indochina, Oriente Medio, Sudeste asiático, Berlín...), "guerra fría" que no ha cesado aún.

* * *

Se habla y especula mucho sobre la división del bloque comunista, la tensión Moscú-Pekín concretamente. Y más, todavía, se especula sobre la evolución interna de Rusia, este gran pueblo mitad europeo mitad asiático, que lleva más de cuarenta años de dictadura socialista. Se acusa en él — dicen — cierta tendencia al "aburguesamiento", fruto del enorme desarrollo industrial, del progresivo aumento de su nivel de vida. La crisis de la agricultura socialista hace pensar a alguno de sus dirigentes (x) en la necesidad de aumentar "los incentivos personales" de los campesinos. La *revolución* — opinan algunos — está entrando en Rusia, en la fase "thermidor" e, incluso, hay quien cree ver en Kruschef a un hábil Talleyrand a lo ruso, agente o instrumento — o ambas cosas a la vez — de una política de *amollissement*, de apertura a procedimientos *revisionistas*, y hasta de un cierto retorno a viejas formas sociales que aseguren a la tecnocracia imperante el cómodo disfrute de las ventajas conseguidas.

De ahí — dicen — la lucha contra los "duros", los viejos stalinistas, enemigos de la nueva política de "coexistencia pacífica", acérrimos convencidos de la necesidad de la guerra para el triunfo mundial de la revolución comunista.

(x) Kruschef, en su discurso al Comité Central del P. C.

Pero, lo cierto es que, a pesar de todo esto, la U.R.S.S. sigue armándose poderosamente...

* * *

La primera prueba atómica se llevó a cabo en Álamo Gordo (Nuevo México), el 16 de julio de 1945. La primera bomba se lanzó en Hiroshima al mes siguiente. De sus 343.969 habitantes, hubo 78.150 muertos y 37.425 heridos. La segunda bomba se lanzó tres días después sobre Nagasaki. De sus 252.630 habitantes, murieron 73.884.

De 1945 a 1958, el total de pruebas realizadas por los Estados Unidos fue de 129, incluida una subterránea.

Merced —a lo menos en parte— a la “filtración” de secretos nucleares (Alger Hiss, los Rosemberg, Fuchs, Abel, etc.) Rusia consiguió la bomba atómica en 1949 y hasta 1958 hizo estallar 53. Luego siguió Inglaterra, después Francia.

En 1952 los Estados Unidos prueban la primera bomba de hidrógeno. Un año después, en 1953, la U.R.S.S. hace también la primera prueba de esta clase.

La última explosión atmosférica norteamericana tuvo lugar en el estado de Nevada el 30 de octubre de 1958. Se logró después una moratoria o suspensión de pruebas atómicas que duró treinta y cuatro meses: fue rota por Rusia en septiembre de 1961. Desde entonces la U.R.S.S. ha realizado 50 explosiones, alguna — dicen — de hasta 100 megatones.

Ante ello, los Estados Unidos decidieron reemprender las pruebas subterráneas, realizando 18 hasta la fecha, y el presidente Kennedy anunció el 2 del corriente la reanudación de las pruebas atmosféricas para el 28 de abril, si antes no se alcanzaba algún acuerdo en la Conferencia que se está celebrando en Ginebra.

* * *

Se dice que el miedo — el temor a las represalias — es lo que detiene la guerra y, en parte, puede que sea verdad. De ahí la creencia general de que el equilibrio de fuerzas constituye, por el momento, la mejor garantía antibélica, algo así como un seguro en el gatillo.

Pero un equilibrio *estático* de fuerzas, resultado de un acuerdo de limitación de armamentos como el que se consiguió después de la primera guerra, tendría, todavía, alguna eficacia... mientras las partes respetaran el pacto. Lo que parece imposible es que la paz, ni siquiera material, pueda mantenerse con un equilibrio *dinámico*, a riesgo de romperse a la primera ventaja conseguida en la carrera de armamentos que ofreciese la oportunidad de una agresión victoriosa.

Mas, para pasar del actual equilibrio *dinámico* a un equilibrio *estático* — y esto no sería más que un primer paso —, no basta solo el miedo, hace falta un poco de confianza mutua y un mucho de buena voluntad. Lo demuestra el punto neurálgico del diálogo: la cuestión batallona del control internacional del desarme.

Para romper el círculo vicioso de las armas atómicas sería necesario que animase a ambos bandos un sincero espíritu de paz. La paz y el desarme son solidarios.

S U M A R I O

El Desarme

En Nazaret con Costa i Llobera, por L. C. V.

El nuevo Cardenal Anselmo M. Albareda.

Postulado en favor de los judíos en el I Concilio Vaticano, por Juan Manuel de Ygartua, S. I.

Los cristianos separados y el próximo Concilio, por el Cardenal Bea, S. I.

Un ex pastor protestante opina sobre la unión, por José Luis Almunia.

¿Es posible la colaboración en la técnica de la exploración espacial? por Jesús Sáinz Mazpule.

Peligro mundial de la superindustrialización, por Luis Creus Vidal.

En el séptimo centenario de la conversión de Ramón Llull, por Bartolomé Guasp Gelaber, Pbro.

Símbolo del triple amor de Cristo, por Roberto Cayuelo, S. I.

Pensamientos ante un altar barroco, por E. Guerrero, S. I.

Julio Camba: Profundidad de lo intrascendental. por Francisco Salvá Miguel.

ET INCARNATUS EST

El 25 de este mes celebra la Iglesia la Anunciación de María. Esta fiesta de antiquísima tradición, aunque conserva toda su solemnidad litúrgica, ha ido perdiendo, desde que se suprimió como día de precepto, mucho de la resonancia popular que tuvo en otros tiempos. Por eso importa, aún más, subrayar hoy su altísima significación teológica, su máxima excelencia y dignidad para nuestro linaje: ella conmemora la Encarnación del Verbo de Dios, misterio cumbre de la augusta Trinidad en orden a las criaturas, momento culminante de la historia, causa final de toda la creación.

Con este motivo, aprovechamos la oportunidad que nos brinda el reciente viaje a Israel de nuestro colaborador Luis Creus Vidal, para publicar las impresiones de su visita a Nazaret, escenario de aquel augusto misterio.

EN NAZARET CON COSTA I LLOBERA

Providencial es, sin duda, el actual resurgir de Israel. Pero, dejando para mejor ocasión mis comentarios sobre este renaciente Estado, me limitaré hoy a relatar la impresión que me produjo mi visita a Nazaret, donde tuve, como el mejor guía a nuestro exquisito Costa y Llobera.

* * *

Costa no quiso escribir un viaje a Oriente, cuando estuvo allí en 1907: "son tantas las obras de esta clase — dice — que hay para todos los gustos". "Creí más nuevo y más propio fijar mis impresiones directas"... Y luego justificó la forma de sus notas, que semejan paráfrasis de los Salmos o de los grandes Profetas: no se trata de poesías propiamente dichas, sino de una simple rima, de un ritmo no acústico, sino real." "No se me hallará — dice — la forma métrica de costumbre, mas sí una especie de versificación legítima y prestigiosa. Es la forma del ver-

sículo hebreo, que tiene por ley orgánica el paralelismo de los conceptos. Cada versículo está constituido por dos o más pensamientos, formando como hemistiquios, que se corresponden, sea por semejanza, sea por contraposición: en el primer casi existe paralelismo sinónimo; en el segundo, paralelismo auténtico. De aquí resulta un ritmo no acústico, sino ideal, y una cierta rima, no de sonos articulados, sino de conceptos e imágenes"... "Si aún existen orientalistas que buscan medida silábica o ritmo acústico en la poesía de Israel, los mismos convienen con todos que la ley capital y característica del verso hebreo es el paralelismo de los conceptos."

Me limitaré a reproducir aquí su artículo IV que se me antoja el más jugoso, si cabe, entre todos: Nazaret.

Y esta reproducción será el mejor fruto que pueda ofrecer de nuestra dulce estancia en los mismos lugares en que vivió la Sagrada Familia, en donde un Dios trabajó como Artesano, en donde la Reina de los Cielos dignaba ocuparse en los quehaceres de ama de casa.

A NAZARET

Entrant-hi a l'hora baixa

Ave Maria! resa l'hora del misteri i de la tendresa:
Ave Maria! ressona l'Angelus sobre el mateix lloc del gran misteri.

Ave Maria! aquesta es la salutació que escau al descobrir-te, oh blanca Nazaret! Flor de la Galilea, aquesta es la teva hora.

Ta verda fondalada sembla recollir-se com un cor humil: damunt la modèstia de tes colines el silenci correspon a la pau de l'estel qui te guaita...

Tes filles, tornant de la font amb l'àmfora plena, caminen a pas solemne: tos infantons a peu descalç donen impuls d'adoració.

Oh vila desdenyada d'on se deia que res bo podia sortir-ne: gloriosa te saludam entre totes les ciutats de la terra!

Solar de la Verge feconda a l'anunci de l'Àngel, a l'ombra de l'Esperit Sant: ets tàlem de la unió de Déu amb la criatura.

Deixa'm, corprès de ton Misteri, humiliar el front i besar el paviment: aquí dins aquest obscur recó de la casa de Maria.

Deixa-m'hi, amaran amb l'ombra i el silenci de la vida oculta: vida oculta d'un Déu, fent de menestral a una botiga!

Cobreix mon esperit amb aqueix vel de ton santuari: vel teixot de menyspreu del món i èxtasis del cel.

Acopa sobre mi tes fulles de lliri, oh blanca Nazaret!... Flor de Galilea, ubriaga'm amb la mel de ton calze, i sufoca mon sentit amb ton aroma.

* * *

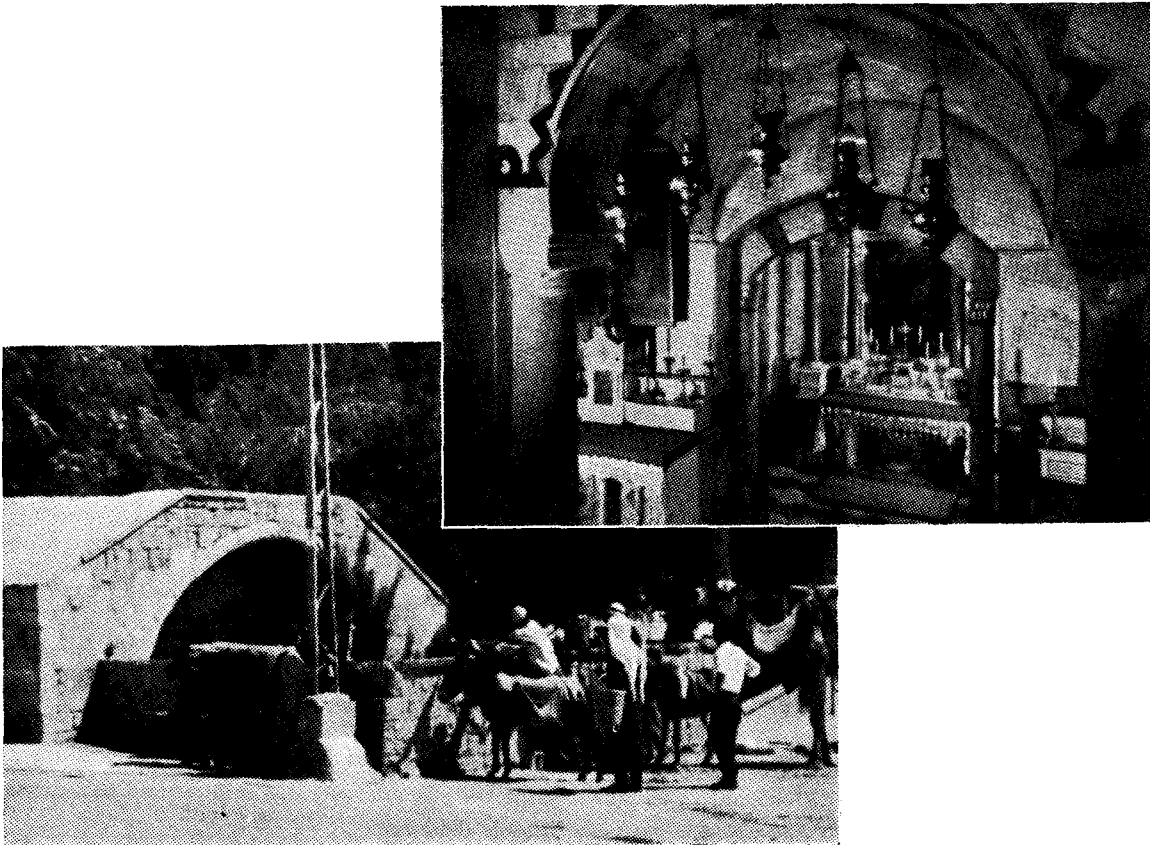
¿En qué rincón preferentemente, se inspiraría Costa? Probablemente — él mismo parece indicarlo, cuando nos habla de "Tes filles, tornant de la font amb l'ànfora plena..." — en la Fuente de la Virgen, en Nazaret.

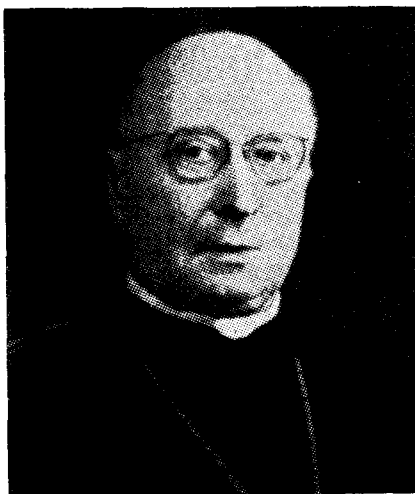
He aquí la más dulce e impresionante sensación que hemos recogido en Tierra Santa, y, que no dudamos, sintió, inefablemente, nuestro Costa.

A la fuente humilde (a cuya vera hoy, para mayor prosa, existe un vulgar taller de automóviles), acudía

la Señora de Cielos y Tierra, cuya grandeza, con ser tanta, cederá siempre ante su divina humildad, pasmo de los Ángeles. A esta fuente, la Señora, acudía a llenar su ánfora, para los quehaceres cotidianos. La Esposa del Espíritu Santo, con aquel líquido, refrigeraba los sudores artesanos de su Santo Esposo, y del Hijo de Dios, Creador de todo el Universo y de todas las Galaxias, hecho Artesano por nosotros.

L. C. V.





EL NUEVO CARDENAL ANSELMO M. ALBAREDA

Nació en Barcelona el 16 de febrero de 1892. En 1904 ingresó en el Monasterio Benedictino de Montserrat donde emitió sus votos religiosos en 1908. Desde 1913 hasta 1915 estudia Teología en el Colegio Internacional Benedictino de S. Anselmo de Roma, obteniendo el grado de Licenciado. A su regreso a Montserrat recibe la ordenación sacerdotal. Ocupa en el Monasterio los cargos de Prefecto de la Escolanía, Director de los Oblatos seculares y Director de la Imprenta. Desempeña asimismo la dirección de la "Revista Montserratina". Desde 1921 a 1924 cursa estudios de Historia, especializándose en Paleografía y Archivística, en Roma y en Friburgo de Brisgovia. De nuevo en Montserrat, dirige el Archivo de la Abadía, cargo que seguía desempeñando cuando en 1936 fue nombrado Prefecto de la Biblioteca Apostólica Vaticana por S. S. el Papa Pío XI, quien le conocía por sus importantes trabajos científicos. Nombrado sucesivamente Consultor de la Sagrada Congregación de Ritos y de la Sagrada Congregación de Seminarios y Estudios Universitarios, y de la Comisión Pontificia para los Archivos eclesiásticos de Italia, recibió en mayo de 1951 la dignidad de Abad titular de Santa María de Ripoll. S. S. el Papa Juan XXIII le ha designado para la Comisión Central preparatoria del II Concilio Vaticano.

Su gestión al frente de la Biblioteca Vaticana a lo largo de veinticinco años le mereció una especial felicitación de S. S., en la que se reconocía el incremento experimentado por la Biblioteca bajo su dirección, importante no sólo por la conservación y aumento de las colecciones, sino también por la modernización intro-

ducida en sus instalaciones y servicios. Tuvo particular relieve su actividad durante la última guerra mundial en la salvación de grandes tesoros bibliográficos y artísticos de Montecassino y otras Bibliotecas italianas.

Además de su título de Licenciado en Teología, es académico supernumerario de la Academia Pontificia de Ciencias, miembro de la Comisión Permanente para la tutela de los monumentos históricos y artísticos de la Santa Sede, del "Institut d'Estudis Catalans" y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España, así como Doctor "Honoris Causa" por la Universidad alemana de Friburgo, la americana de S. Luis...

En 1950 formó parte de la Legación Pontificia al Congreso de Buenos Aires y en 1951 presidió la Legación dirigida a Lima con motivo del IV Centenario de la primera Universidad americana...

Entre sus obras descuellan, ante todo, las dedicadas a la Historia de Montserrat, en particular sus estudios sobre el Abad Oliba y S. Ignacio, y las que se refieren al monacato catalán, recogidas principalmente en las publicaciones "Catalonia monastica" y "Analecta Montserratensia" de las que fue Director. Su fama internacional quedó cimentada con la edición en 1933 de la "Bibliografía de la Regla Benedictina". Como Prefecto de la Biblioteca Vaticana, aparte de monografías personales, ha dado un gran impulso a la importante colección científica "Studi e Testi".

Creado Cardenal en el Consistorio del 19 corriente, CRISTIANDAD hace votos para que su labor, que le ha merecido tan alta dignidad, siga dando los mejores frutos para la Iglesia. *Ad multos annos.*

ORA ET LABORA

EL POSTULADO EN FAVOR DE LOS JUDÍOS EN EL I CONCILIO VATICANO

En este artículo queremos cerrar la serie de los varios que hemos dedicado a relatar las vicisitudes del *Postulado* en favor de los Judíos, que con la bendición del Papa Pío IX presentaron los sacerdotes católicos hermanos *Agustín y José Lemann* al I Concilio Vaticano, y que llaman ellos con razón "una página memorable de la historia de la Iglesia". (Véase en *CRISTIANDAD*, 1961, los números de julio, p. 4; septiembre, p. 154; diciembre, p. 305.)

Firmas del Postulado

La gestión de los hermanos Lemann había llegado a término. 510 firmas de Obispos católicos cubrían las páginas del *Postulado*. Por una delicada reverencia hacia el Pontífice los dos sacerdotes habían querido detener el número de firmas en 510, para no alcanzar el número de 518 que había alcanzado el *Postulado* sobre la Infallibilidad Pontificia, combatido por algunos Obispos, según su propio parecer.

El periódico *L'Univers* de París, regido por Louis Veuillot, publicó las firmas de todos los Obispos bajo el *Postulado* en favor de los Judíos, haciendo resaltar la universalidad de su procedencia. He aquí este resumen (c. 27 del libro):

Europa: Italia, 140 Obispos; Francia, 73; Austria, 29; Estados alemanes, 14; España, 33; Portugal, 2; Gran Bretaña, 21; Holanda, 4; Bélgica, 3; Suiza, 8; Grecia, 5; Turquía europea, 10.

Asia: Turquía asiática, 35; Persia, 1; Hindostán e Indochina; 19; China y Japón, 14.

África: África del Norte, 8; África del Sur, 5.

América: Estados Unidos, 30; Canadá, 6; Nueva Escocia, 5; Méjico, 5; Guatemala, 3; Antillas, 3; Brasil, 4; Confederación Argentina, 3; Chile, 3; Ecuador, 4; Perú, 3; Venezuela, 2; Guayana, 1.

Oceanía: Manila, 1; Australia, 7; Nueva Zelanda, 1; Archipiélagos varios, 5.

Como se ve en esta distribución tan completa, bien

se puede decir que las firmas del *Postulado* representan el sentir de la Iglesia Universal entonces presente en el gran Concilio Ecuménico.

La lista individual de las firmas, que aparece en el libro de los sacerdotes Lemann a continuación del texto del *Postulado*, ocupa 19 páginas íntegras del libro, desde la 252 hasta la 270.

Podrá apreciarse mejor su valor de universalidad si hacemos de nuevo referencia a las firmas que se alcanzaron para el de la infalibilidad. Sabido es que la oportunidad de este dogma fue combatida por un fuerte grupo de Obispos en el Concilio. No negaban la infalibilidad, sino la oportunidad de su definición. Las firmas alcanzadas por el *Postulado* de la infalibilidad, joya dogmática del Concilio Vaticano, sumaron 518. La votación final alcanzó la cifra favorable de 533 *placet*, contra 2 *non placet*. Los opositores, en grupo de 73, no habían asistido a la definición para no tener que oscurecer la unanimidad con su *non placet*. 608 Obispos por tanto entraban en juego en la votación Conciliar. Los 510 de la firma del *Postulado* pro Judíos suponen así el 84 % de los Obispos presentes. Y si no se llegó a mayor número de firmas fue por el deliberado propósito de no pasar de las 510 firmas como ya indicamos.

En resumen, el *Postulado* alcanzó un 84 % de las firmas, y muy probablemente hubiera obtenido en la votación casi el 100 %.

Se puede decir con verdad que representa el pensamiento católico de la Iglesia de Cristo.

Presentación del Postulado al Concilio

Suscrito el *Postulado* memorable por todos aquellos Obispos, llegó el momento de presentarlo oficialmente al Secretario del Concilio Ecuménico. Llena el alma de los dos hermanos de piadosos presentimientos, su mente hebrea se llenaba de símbolos de misericordia, y en todas las cosas veían imágenes y anuncios llenos de poesía de su esperanza.

Obtuvieron el permiso de celebrar la Santa Misa en el altar de la cripta de San Pedro, sobre la tumba del mismo Apóstol. Llevaban el *Postulado* sobre el pecho

durante la Misa, y se comparan en aquel instante solemne a Aarón que llevaba sobre el pecho el racional con los nombres de las doce tribus, pues llevaban los nombres de toda la catolicidad. Con especial fervor se inclinaron sobre el cáliz para pronunciar las palabras consagrantes: *pro vobis et pro multis effundetur in remissionem peccatorum*.

Días más tarde hallaron al Papa Pío IX de paseo entre las ruinas del Palatino donde los restos del palacio de Augusto, de la casa de oro de Nerón, y los otros pa-

lacios imperiales ponen la melancolía de su recuerdo quebrado. Al pasar el bondadoso Pontífice y verles, les dirigió un cariñoso saludo diciendo: "He aquí también los recuerdos de la Ley". El sol que caía dorando las ruinas les sugirió en aquel ambiente el bello recuerdo de la transformación de las ruinas del judaísmo bajo el sol de justicia Cristo al caer de la tarde del mundo. Y un recuerdo anecdótico brotó en su alma: una mujer que iba a morir enseñaba al sacerdote desesperadamente sus manos, exclamando: ¡Están vacías, no tengo nada que ofrecer a Dios! Pero el sacerdote le puso entre las manos un crucifijo repentinamente diciendo: Ahora están llenas de Nuestro Señor Jesucristo.

"Día vendrá en que los ojos de nuestro pobre pueblo se llenará de lágrimas mirando al crucifijo, apretándolo contra su corazón y cubriéndolo de besos: será el magnífico ocaso del sol sobre las ruinas del antiguo pueblo de Dios, que fueron bendecidas en el monte Palatino aquella tarde por Pío IX."

El domingo de Ramos toda la prensa europea, in-

vitada por los dos hermanos, reproducía el artículo de *L'Univers* con la estadística de las firmas de todos los Obispos. Aquel mismo día los dos sacerdotes participaron en la procesión de Ramos en la Basílica Vaticana, recordando la triunfal recepción de su pueblo a Jesús en Jerusalén.

Finalmente el 26 de marzo fueron recibidos por Su Santidad Pío IX, que tanto se había interesado por el Postulado. La acogida del Papa fue benignísima, y les dijo:

"Hijos míos, acepto vuestro *Postulado*. Yo mismo me encargo de remitírselo al Secretario del Concilio. Sí, conviene, es cosa oportuna dirigir a los Israelitas algunas palabras de exhortación y aliento. Vuestra nación tiene en las Escrituras promesas ciertas de retorno. Si no logramos todavía la vendimia completa, al menos que el Cielo nos otorgue algunos racimos."

Y volviéndose a su camarero le dijo: "Que entreguen este *Postulado* de mi parte al Secretario del Concilio". Era el único *Postulado* enviado al Concilio personalmente por el mismo Papa.

Texto del Postulado

El texto del *Postulado* decía así:

"A sacra Oecumenica Sinodo Vaticana infra scripti Patres humillima instantique prece postulant ut et misererrimam Hebraeorum gentem paterna quadam invitatione dignetur prevenire: scilicet votum exprimere, ut tandem longissima inutilique expectatione lassati, ad Messiam Salvatorem nostrum vere promissum Abrahae et a Mose praenuntiatum festinent accedere: sic perficientes coronantesque religionem Mosaicam, non mutantes.

Postulati rationes

"Ex una parte, infra scripti Patres firmissimam tenent fiduciam fore ut Sacrosancta Synodus Israelitarum

miseretur, quia semper sunt Deo carissimi propter patres, et quia ex eis est Christus secundum carnem.

"Ex altera parte, iisdem Patribus dulcis est interna spes hoc votum honoris necnon dilectionis, adjuvante Spiritu Sancto, libenter accepturum iri a pluribus Abrahae filiis: quia vetera, quibus detinebantur, obstacula videntur nunc evanescere, iam diruti antiquae divisionis muro.

"Utinam igitur citius acclament Christum, dicentes: Hosanna Filio David! Benedictus qui venit in nomine Domini!

"Utinam ad brachia advolent Immaculatae Mariae, quae iam ipsorum Soror secundum carnem, vult ipsi esse sicut et nobis Mater secundum gratiam" (1).

Siguen las 510 firmas de los Obispos.

Admisión del Postulado

La Comisión de examen de los Postulados recibió éste y lo admitió por unanimidad. Pío IX bendijo de nuevo el *Postulado* y confirmó la admisión cuando le fue pre-

sentado por el presidente de la Comisión Cardenal Franchi.

Fue decidido sin embargo que no sería aprobado en

(1) Traducción del texto del *Postulado*; "Los Padres abajo firmantes piden con humilde y ferviente petición al Sacro Concilio Ecueménico Vaticano que se digne prevenir a la pobre nación de los Hebreos con una invitación paternal: es decir que manifieste su deseo de que por fin, cansados de su larguísima e inútil espera, se apresuren a correr al Mesías Salvador nuestro prometido en verdad a Abraham y anunciado por Moisés: dando así cima y coronando la religión mosaica, sin cambiarla.

Razones del *Postulado*. — Por una parte los Padres firmantes esperan firmemente que el Sagrado Concilio se compadezca de los Israelitas, porque siempre son queridísimos a Dios por cau-

sa de sus padres, y porque de ellos proviene Cristo según la carne.

Por otra parte los dichos Padres tienen la dulce esperanza interior de que este deseo de honor y de amor, con la gracia del Espíritu Santo, será recibido por muchos hijos de Abraham: porque los viejos obstáculos que les retenían parecen haberse desvanecido, derribado el antiguo muro de división.

¡Ojalá por tanto aclamen pronto a Cristo, diciendo: Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!

¡Ojalá vuelen a los brazos de María Inmaculada, que siendo ya hermana suya según la carne, quiere ser para ellos como para nosotros Madre según la gracia!"

la misma sesión del Concilio que la infalibilidad pontificia, para no quitar a esta definición nada de su esplendor añadiendo otras cosas. Se reservaría la solemne aprobación conciliar para la siguiente sesión plenaria.

Pío IX y los Cardenales presidentes encomendaron al Patriarca de Jerusalén, Monseñor Valerga, la redacción de la llamada conciliar de la Iglesia Cató-

lica al pueblo de Israel, que solicitaba el Postulado.

Sería incluida en la sesión que se tratase del esquema de *Missionibus*. Monseñor Valerga redactó el texto oficial, y tuvo la delicadeza de comunicar bajo secreto pontificio el texto a los dos hermanos.

Parecía que la gran empresa divina había llegado a su feliz término. Pero los planes de Dios son mayores de lo que la mente humana puede alcanzar.

La interrupción del Concilio

El 18 de julio de 1870 la Basílica Vaticana estaba radiante de esplendor. La sala conciliar estaba incluida en el brazo izquierdo de la inmensa cruz latina que forma la Basílica de San Pedro. Al fondo de la nave del crucero el trono pontifical. Aquel día se habían hecho desaparecer todas las separaciones con la nave central de la Basílica, para que el pueblo pudiese asistir al solemne acontecimiento. El altar quedaba enfrente del trono pontificio, separando la sala de la Basílica misma.

Celebró la misa el Cardenal Barili, que fue ayudado en el Santo Sacrificio por voluntad del Papa por los dos hermanos Lemann, en representación de la Antigua Ley. Asistía a la Misa 535 Obispos de la Iglesia Católica.

Al terminar el Santo Sacrificio Su Santidad revestido de solemnísimos Pontifical entró en la Sala, rodeado de su corte pontificia.

Leído por el Obispo de Fabriano el texto de la Constitución Apostólica sobre el Primado de Pedro y el infalible magisterio del Sumo Pontífice, terminó la lectura con las palabras definitivas:

"Enseñamos y definimos, sacro approbante Concilio, que es dogma de divina revelación: que el Pontífice Romano, cuando habla ex cathedra..., goza plenamente por la asistencia divina que le fue prometida en la persona del bienaventurado Pedro, la infalibilidad que otorgó el divino Redentor a su Iglesia..."

Siguióse a la lectura el voto de la solemne Asamblea. Los *placet* aprobatorios se sucedían uno tras otro. Solamente dos veces fue interrumpida la regularidad. Dos Obispos, el de Nápoles y uno americano lanzaron entre la emoción general dos severos *non placet*. 533 votos contra 2 fue el resultado de la votación. Otros 73 Obispos se habían abstenido de asistir para no votar en contra, y aquellos dos por ignorar la decisión de sus compañeros asistieron contra lo convenido. Lo permitió así Dios para que resplandeciese más claramente la libertad de votación con que se procede, y para dar un ejem-

plo admirable de la disposición de los Obispos contrarios a la votación.

Porque apenas el Papa Pío IX levantado hubo terminado su solemne aprobación de la votación:

"*Decreta et Canones, qui in Constitutione modo lecta continentur, placuerunt omnibus Patribus, duobus exceptis. Nosque, sacro approbante Concilio, illa et illos, ita ut lecta sunt, definimus, et Apostolica Auctoritate confirmamus.*"

Cuando los dos Obispos contrarios, movidos por un celeste impulso del Espíritu, se levantaron, salieron al centro de la Sala, y de rodillas proclamaron que habían dado su voto en conciencia, como les pareció más acertado, pero que dada la definición estaban prestos a dar su sangre por este privilegio de Pedro, y de sus Sucesores. Este magnífico ejemplo fue seguido por todos los otros Obispos opuestos al dogma, que al llegar a sus Diócesis publicaron pastorales declarando el dogma de la infalibilidad a sus diocesanos.

Una inmensa tormenta se desarrollaba en tanto sobre el cielo de Roma. Y otra tormenta mucho más grave caía sobre el cielo de Europa. Como si la divina Providencia claramente hubiera llevado las cosas a la definición de la Infalibilidad como objetivo cumbre del Concilio, en esa misma tarde del 18 de julio de 1870 en que se definía, llegaba a Roma la gravísima noticia de haber estallado la guerra franco-prusiana sobre los campos europeos.

El Concilio tuvo rápidamente que ser suspendido en pocos días. El Postulado en favor de los judíos preparado para su solemne aprobación, había quedado sobre la mesa del Concilio.

Dios dilataba la hora ya preparada del llamamiento de la Iglesia Católica a la raza de Israel, sin duda esperando el momento providencial que estaba ya a la vista.

Llamamiento final

El último capítulo del libro de los hermanos Lemann es una conmovedora relación de sus esfuerzos posteriores al Concilio interrumpido.

En 1894 con ocasión de la admirable Carta Apostólica de León XIII *Praeclara gratulationis*, dirigiendo un llamamiento a la conversión a todos los pueblos del mundo separados de la Iglesia, y a los países que no tenían

la fe de Jesucristo todavía, los hermanos dirigieron una carta al Pontífice recordándole que faltaba aún la llamada al antiguo pueblo de Dios para completar el llamamiento. El Pontífice contestó al agradecer los libros enviados, que su más ardiente deseo era la consecución de aquella gran empresa. Pero no publicó ningún documento.

Al recibir un cáliz de espléndido trabajo, regalado por los dos hermanos en cuya base estaban en esmalte los Santos que promovieron las Cruzadas para libertar Jerusalén, el Papa manifestó:

“Lo guardaré en mi capilla personal, y cuando lo utilice rogaré por la vuelta de vuestro pueblo.”

Cuando el libro que comentamos se publica, en 1911, ya todos los Obispos que firmaron el Postulado han muerto. En la Introducción del libro, los hermanos Lemann han escrito:

“Nuestro libro es capaz de obtener un resultado que confiamos a la Madre de la Misericordia, la todopoderosa Virgen María. Antes de separarse, los Padres del Concilio Vaticano tuvieron cuidado de redactar, con destino a las reliquias de Israel, un llamamiento de honor y de amor que deberá pronunciarse cuando se prosiga el Concilio Ecuménico Vaticano. Tal continuación es cierta, ya que Dios no deja inacabado nada de lo que toca a la belleza y desarrollo de su amada Iglesia.

“Nosotros, hijos de Israel, pedimos con todo nuestro deseo la reanudación del sagrado Concilio. Ojalá que las naciones cristianas inspiradas por la Madre de Misericordia, se sumen a nuestra petición.”

Este año de gracia de 1962 se cumple el piadoso deseo de los hermanos Lemann, por especial providencia de Dios. El II Concilio Vaticano se abrirá en San Pedro el día 11 de octubre.

¿Podrá llegar hasta él, este ardiente deseo de los au-

tores, que es un deseo de muchos otros hijos de la Iglesia? ¿Habrá oportunidad para ello?

Aquel Postulado dejado, casi aprobado, sobre la Mesa del Concilio Vaticano I, ¿podrá ser recogido por el II Concilio Vaticano?

Entonces se abriría una nueva fase de esta milenaria historia. Habría llegado a su culminación aquella “página de la historia de la Iglesia”, de que nos hablaron los dos hermanos sacerdotes. Ellos nos darán las palabras adecuadas para terminar esta serie de artículos sobre su iniciativa, que hemos querido publicar. Dicen así en el último capítulo de su libro:

“¡La reconciliación de todos los pueblos, la comunión universal! Hace ya diecinueve siglos que la Iglesia la prepara y la espera. ¡Oh Iglesia, prepara tu mesa de Pascua, ponte tus mejores vestidos de fiesta! Cuando el pueblo judío recline su cabeza sobre el pecho de José, el pueblo cristiano reclinará también la suya. Y se cumplirá el maravilloso espectáculo anunciado por el último versículo de los antiguos profetas: la reconciliación de los corazones de los padres y de los hijos: *cor patrum ad filios, et cor filiorum ad patres eorum*.

“Sobre el pecho del Vicario de Cristo, la cabeza del judío y del gentil, con las manos enlazadas, y apaciguados todos los odios, habiendo sido derribado el muro de separación, llegará el día del único rebaño y del único pastor: *Unum ovile et unus pastor*.”

Juan Manuel DE IGARTÚA, S. I.

EL CONCILIO BAJO LA PROTECCION DE SAN JOSE

La Iglesia honra a los ángeles; venera a los santos. Entre ellos ocupa un primerísimo plano San José, y la devoción al ínclito esposo de María se ha difundido, en gran manera, precisamente en los tiempos presentes, con grandes frutos espirituales para las almas.

Cuando el siervo de Dios, Pío IX, convocó el Concilio Ecuménico Vaticano I, acogió con gozo la petición de muchísimos obispos de que San José fuera nombrado protector de la solemne asamblea, habiéndolo proclamado antes patrono de la Iglesia Universal.

Lo mismo ha querido hacer y confirmar Juan XXIII, que desde los comienzos de la preparación del próximo Concilio ha invocado la ayuda del Santo Patriarca; justamente el año pasado, en la festividad de San José, en un documento especial dirigido al episcopado del mundo entero, estableció que se debería invocar a San José para conseguir la plenitud de asistencia en inspiraciones celestiales para la gran asamblea que bajo la presidencia del Papa formaran los obispos.

(Palabras del Papa en la Audiencia General de 28 de febrero de 1962.)

LOS CRISTIANOS SEPARADOS Y EL PROXIMO CONCILIO

El Cardenal Bea, encargado del Secretariado para la unión de los cristianos, se ha dignado escribir el comentario de la intención de mayo para el Servicio de Prensa del Apostolado de la Oración:

Que la mayor estima y el mejor conocimiento entre Católicos y Cristianos separados prepare el camino para la verdadera unidad.

No podemos menos de desear la mayor difusión de estas páginas, a fin de que ellas contribuyan a iluminar, no sólo a los católicos, a quienes van en primer lugar destinadas, sino también a todos nuestros hermanos separados.

No creo equivocarme al suponer que un cierto número de católicos, sobre todo de los que pertenecen a países en que no existe diversidad de religiones, experimentará al oír esta intención alguna extrañeza, perplejidad y hasta confusión.

Estos católicos se preguntarán: ¿Es que hemos de cerrar los ojos ante la realidad, como si estos hermanos nuestros no fueran víctimas de la herejía o del cisma? ¿Tendremos acaso que olvidar las fuertes palabras de San Pablo contra los herejes, contra los que “naufragaron en la fe” (1 Tim. 1, 19), las fuertes expresiones de los Santos Padres y de los Concilios contra las herejías? ¿Tendremos tal vez, seguirán preguntándose, que aceptar la opinión de los que dicen que lo esencial es que cada uno viva su fe y sirva a Dios rectamente según dicha fe, sea ella la que fuere? Si a todas estas preguntas se ha de responder con un no, parece que la única conclusión justa tiene que ser ésta: que se ocupen los Obispos, los Sacerdotes y Teólogos de la conversión de los hermanos disidentes; a nosotros, simples fieles, nos toca únicamente orar y ofrecer sacrificios por su conversión; pero, por otra parte, lo más seguro es conservarnos alejados de ellos.

1. Esta extrañeza y perplejidad no solamente son comprensibles, sino que tocan un punto fundamental, una exigencia de la que no se puede prescindir al ponerse en contacto con los hermanos separados, o sea *la incondicional y completa adhesión a la verdad de nuestra fe*, tal como se contiene en la S. Escritura y en la Tradición, y nos la propone el Magisterio de la Iglesia. Ningún acercamiento a los hermanos separados, ningún trabajo por la unión debe alejarnos jamás de esta absoluta adhesión a la verdad católica íntegra. Por tanto, cuando hablamos de estima y conocimiento entre los católicos y los hermanos separados, no se quiere decir, de ningún modo, aceptación de un punto de vista y de su fe.

2. Una vez afirmado este punto esencial, hay que preguntarse: ¿Está acaso justificado que los simples fieles se distancien casi por completo de los hermanos separados? Esos textos de San Pablo, de los Santos Padres, etcétera, ¿por ventura se aplican a todos los hermanos separados sin distinción? ¿No tenemos, acaso, nada en común con ellos? ¿No hay vínculos entre ellos y nosotros? A estas preguntas debe responderse con un decidido no. Recordemos, ante todo, el hecho del bautismo. En virtud de éste — siempre que esté válidamente administrado — todo bautizado se convierte en miembro del Cuerpo Místico de Cristo, hermano de Cristo, y, por tanto, también hermano nuestro (cf. Rom. 12, 4s; 1 Cor 12; Eph. 1, 23; 4, 4; 5, 28 ss; Col. 1, 18, 24). El bautismo les da también todos los derechos a los auxilios de la gracia para vivir como cristianos e hijos de Dios. Por lo cual el Espíritu Santo obra también en sus almas y las guía y ayuda. Una prueba de esta acción del Espíritu de Dios la tenemos en esa intensísima nostalgia de unidad que está aumentando cada día precisamente en el mundo de los cristianos no católicos, la cual se atribuye explícitamente, en la conocida instrucción del S. Oficio sobre el movimiento Ecuménico, a la acción del Espíritu Santo, que opera en las almas de los hermanos separados (A.A.S. 42, 1950, p. 142). En el mismo sentido, la intención general confiada a nuestras oraciones en el mes próximo nos invita a pedir: “Que los bautizados en Cristo sigan con mayor diligencia los impulsos del Espíritu Santo”. Nótese el modo de hablar, tan general: “todos los bautizados sigan”. El Espíritu Santo obra, pues, en las almas de los bautizados.

Sin embargo, algunos tendrán aún esta *importante duda*. Ciertamente es verdad esto del bautismo; ¿pero qué sucederá con los efectos del mismo, cuando el bautizado, al adquirir el uso de la razón y bajo el influjo de la educación, llegue a negar diversas verdades de nuestra fe y rechace someterse a la autoridad de la Iglesia?

¿No se hace de este modo personalmente culpable del gravísimo pecado de herejía y de cisma? Esta cuestión, en verdad, no es para considerarla con ligereza. Quien conscientemente, con pleno conocimiento de causa, acepta la herejía y niega su obediencia a la Iglesia, comete ciertamente un pecado gravísimo y no se verá libre de él, si antes no se retracta de tan grave acto. Pero, ¿es éste el caso de todos nuestros hermanos disidentes? La gran mayoría de éstos se encuentran con esta herencia que les han transmitido sus antepasados. Al aceptar conscientemente tal herencia, creen de buena fe que se encuentran en el verdadero camino. ¿Quién se atrevería a negar esa buena fe, convirtiéndose así en juez de ellos y de sus responsabilidades? En verdad es más conforme a la realidad y, al mismo tiempo, a la justicia y a la caridad cristianas, el admitir en ellos esa buena fe, dejando, en casos particulares, el juicio a Dios solo, sin querer determinar o hacer estadísticas.

Si esto de admitir la buena fe nos resulta, acaso, difícil, acudamos a las enseñanzas del Nuevo Testamento y aprendamos de éste esa sobria y a la vez *mansa y benigna actitud*. El Nuevo Testamento está tan informado de las profundidades insondables del corazón humano que, por ejemplo, S. Pedro no tenía dificultad en decir a los cómplices de una decisión tan grave como la muerte del Hijo de Dios: “Sé que obrasteis por ignorancia, y lo mismo vuestros jefes”. Y S. Pablo, hablando de su odio cuando perseguía a los cristianos, por el que se calificaba de “blasfemo, perseguidor y arrogante”, lo explica diciendo: “Obré así por ignorancia en mi incredulidad”, y añade en seguida estas significativas palabras: “Por esto encontré misericordia” (1 Tim. 1, 13), como dando a entender que, al usar con él de misericordia, Dios mismo confirmó ese suave, benigno y manso juicio. Además, todas estas palabras no hacen sino imitar la divina mansedumbre de Jesús en la Cruz: “Perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Pues bien, si esta enseñanza se aplica a unas acciones tan graves, ¡cuánto más no ha de aplicarse a la actitud de aquél que sencillamente acepta la fe que le han transmitido sus mismos antepasados y en la que ha sido educado! Por tanto, vamos por camino seguro y hasta divino cuando imitamos estos sublimes ejemplos, inspirándonos en esta doctrina en el modo de obrar con los hermanos separados de nosotros. Dicha doctrina se compendia en la conocida frase de San Agustín: “Se ha de aborrecer el error, pero se ha de amar a los que yerran”.

Nada impide, pues, el que se practiquen, con respecto a ellos, todas las sublimes y profundas enseñanzas del Nuevo Testamento sobre la estima que nos hemos de tener recíprocamente. Hemos de aplicar, por tanto, a nuestra actitud con ellos el mandamiento de S. Pablo: “Honraos a porfía los unos a los otros” (Rom., 12, 10). Y también cuando escribe el mismo Apóstol a los Filipenses, exhortándolos a que tengan “los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús”, o sea, los de aquella incomprensible humildad por la que Él “se anonadó,

tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres... y se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz”; y este mutuo respeto debe llegar hasta el punto de que cada uno “tenga a los otros por superiores” (Fil., 2, 5-8, 3). Esta enseñanza del Apóstol es eco fiel de la del Divino Maestro: “El que entre vosotros quiera llegar a ser grande, sea vuestro servidor, y el que entre vosotros quiera ser el primero, sea vuestro siervo”; y esta divina doctrina fue confirmada con el divino ejemplo: “Así como el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir”, y esto hasta el extremo de “dar su vida en redención de muchos” (Mt., 20, 26-28).

3. *Confrontemos* ahora las sublimes enseñanzas del Nuevo Testamento con la realidad y ante todo con la realidad histórica. El conocido historiador de la Iglesia D. Rops habla de la “situación infinitamente dolorosa” de principios del siglo XVII, que “consagra aquella escisión de la cristiandad occidental que hemos visto realizarse poco a poco, iniciándose desde el siglo XIV. Los bautizados no se sienten ya hermanos, a pesar de los generosos esfuerzos de algunos pocos hombres que, como S. Pedro Canisio, no quieren ver en los enemigos sino hermanos separados” (D. Rops, *Storia della Chiesa*, volumen IV, tom. II, Torino-Roma, 1958, p. 230 s.). Veamos algunos particulares detalles de esta dolorosa situación. Recordemos, por ejemplo, el hecho tan lamentable de que, en virtud del conocido adagio “cuius regio illius religio” (hay que adoptar la religión del propio país), se ha violentado la conciencia de muchos cristianos, imponiéndoles la religión de su jefe y olvidando así la sentencia de S. Agustín: “ninguno puede creer si no quiere” (In Ioann. Ev. tract. 26, 2; PL 30, 1607), porque la fe es esencialmente un acto libre. ¡Cuántas veces los cristianos pertenecientes a ésta o aquella confesión han creído que debían defender la verdad de su propia fe divulgando defectos, excesos, pecados, reales o imaginarios, de la parte contraria! Se ha creído que no podía darse nada, o casi nada, bueno, donde no existiese la verdadera fe en toda su plenitud. De este modo se ha pecado contra la verdad, la justicia y la caridad, en nombre de un amor mal entendido a la verdad y a Cristo; se ha sembrado con pretexto de fidelidad a Cristo, la calumnia, la desconfianza y, a veces, hasta el odio entre los bautizados. Donde no se haya llegado a tanto, por lo menos se ha erigido cada uno en juez de la buena fe de los del otro bando, en vez de dejar este juicio a Dios solo, según la enseñanza de Cristo. ¡Se obraba así contra el Evangelio en nombre del Evangelio! Otros, aún profesando humildad personalmente, han cedido a una especie de orgullo colectivo, atribuyendo a su propio grupo religioso — no en el campo doctrinal, entiéndase bien, sino en el de la práctica — todo el bien, y al otro grupo todo el mal y toda la culpa. Más de una vez se ha creído necesario, ante todo, humillar “al adversario” para convencerlo, siendo, por el contrario, cierto que tanto más fácilmente se obtiene esto, cuanto con más humildad y respeto del prójimo se procede.

Hemos tomado estos ejemplos de la historia, en vez de tomarlos de la época actual, para no hacernos jueces de los hermanos en Cristo que aún viven y para no lastimar alguna susceptibilidad. Sirvan dichos ejemplos como *indicaciones concretas* y aclaración del significado de la intención de que hablamos. Considerando, a la luz de estos ejemplos, atentamente, las relaciones entre los católicos y los hermanos separados, en todas sus manifestaciones — libros y publicaciones de toda clase, especialmente apologeticos e históricos; enseñanza en conferencias, predicación y escuelas, y hasta los contactos diarios entre los fieles individualmente — notaremos fácilmente cuánto queda aún por hacer y cuán grandes son los intereses confiados este mes a nuestras oraciones y sacrificios.

4. Para evitar cualquier equívoco, repetimos: no se trata de la actitud que hemos de tomar ante la verdad de nuestra fe — esto debe ser y conservarse absolutamente intangible — sino de nuestra actitud con los cristianos de fe distinta. Esta actitud ha de modelarse por completo según las enseñanzas del N. T. y, por tanto, en la humildad y profunda estima del prójimo, hasta considerarlo, como cristiano, superior a nosotros mismos. La historia enseña suficientemente cuán graves son los perjuicios causados por la ausencia de dicha estima y cómo, por otra parte, *tal estima prepara eficazmente los caminos del Señor hacia la unidad*. En efecto, una actitud de respeto profundo abrirá las almas de los cristianos para llegar a encuentros no dominados por prejuicios y recelos, sino serenos y comprensivos, e inspirados en la confianza recíproca. De esta manera, una y otra parte podrán darse cuenta del bien que posee la parte contraria e irse acercando poco a poco, primero en el círculo de las relaciones humanas, y más tarde también como cristianos con cristianos.

Cuanto hemos dicho, no sólo se dirige a países con religiones diversas, sino también a los que tienen una gran mayoría de católicos. Consideremos por ejemplo un país como Italia. Ésta es visitada cada año por unos dieciséis millones de turistas. Fijándonos en los países de procedencia de estos turistas, podemos, desde luego, decir que por lo menos la mitad no son católicos. En otros países el número de turistas no será tan grande, pero será siempre notable y, por tanto, habrá también ocasiones de numerosos contactos. ¡A cuántos católicos se les presentará, pues, ocasión de tener contacto con tantos y tantos no católicos! Por tanto, es de gran importancia que estos encuentros lleven el sello de un espíritu de profunda estima recíproca. ¡Qué buena y cuán distinta opinión se formarán de los católicos, si encuentran en aquéllos con quienes traten, católicos de ejemplar y profunda vida de piedad y, sobre todo, personas verdaderamente humildes y respetuosas con los demás, aunque sean de religión distinta! ¡Cuántos prejuicios, heredados o recibidos con la educación, no caerán por tierra como consecuencia de tal impresión! Y este favorable cambio tendrá después sus ulteriores consecuen-

cias, una irradiación sucesiva cuando los turistas regresen a sus respectivos países, donde igualmente, como fruto de sus experiencias, harán que desaparezcan muchos prejuicios y recelos.

5. En el campo de este mutuo conocimiento queda por señalar una forma particular de contactos entre los católicos y sus hermanos disidentes que merece y requiere una ayuda grande de oraciones por nuestra parte. Se trata de las *conversaciones entre teólogos especializados*, de una y otra parte. Dichas conversaciones hace ya tiempo que se tienen en algunas naciones y han producido frutos muy consoladores. No consisten esas conversaciones en disputas, como las que se tenían en el siglo XVI y siguientes, sino son conversaciones amistosas en un círculo reducido de especializados. La razón y el fin de ellas no es, evidentemente, como en las conversaciones políticas, el contraer compromisos sobre las materias de la controversia. Esto iría, efectivamente, contra la fidelidad a Cristo y a su doctrina. Se trata más bien de captar el punto de vista del otro y confrontarlo con el propio, para ver con más claridad en qué se está de acuerdo y en qué cosa se disiente, y de este modo poder orientar los propios estudios precisamente sobre este último punto y profundizarlo. En efecto, el largo período de separación — para las iglesias orientales se trata casi de mil años y para las de la reforma de cuatro siglos — ha hecho que las distintas confesiones avancen por caminos muy diversos, recibiendo variadísimas influencias y alejándose cada vez más las mentalidades respectivas de unos y otros. De aquí la enorme dificultad para entenderse, ya que hasta la lengua, o es distinta o, si es la misma, las palabras tienen muy distinto significado. Estas profundas diferencias de mentalidades, verdadera raíz de la separación y de muchas dificultades en los encuentros de unos y otros, sólo pueden superarse poco a poco, y escuchándose mutuamente con serenidad, respeto y amor.

El valor de tales conversaciones se deriva también de la gran estima que de ellas hacen nuestros hermanos disidentes. Por ejemplo, el Comité Central del Consejo Mundial de las Iglesias, en una resolución del mes de agosto de 1960, ha expresado explícitamente el deseo de que puedan continuarse tales conversaciones no oficiales entre los teólogos, y, a ser posible, hasta que aumenten en número. Se ve también la importancia de dichas conversaciones observando que se realizan entre profesores de universidad, que, como tales, por una parte, gozan de gran prestigio, y por otra, son los que forman las nuevas generaciones de ministros del culto, quienes, a su vez, transmitirán los frutos de tales conversaciones a los fieles. Si de este medio de las conversaciones no pueden valerse muchos, ciertamente que todos pueden *contribuir con sus oraciones* y con sus sacrificios a que el Espíritu Santo ayude con su especial asistencia a los que en ellas toman parte. Realmente, en pocas ocasiones se experimenta tanto como en ésta, en la que me atrevería a decir es palpable, la impotencia humana para

UN EX PASTOR PROTESTANTE OPINA SOBRE LA UNIÓN

El 23 de abril de 1961, regresé al catolicismo haciendo pública retractación de mis errores. Durante dos años fui pastor protestante, después de graduar en un seminario de la misma denominación. Mi vuelta al seno de la Iglesia Católica provocó un escándalo más que regular en ciertos medios protestantes españoles. Por una y otra parte, se hicieron miles de comentarios. No hice mucho caso. Pero uno de ellos me llamó la atención. En primer lugar porque procedía de un católico y, sobre todo, porque reflejaba la errónea idea que tienen ciertas personas en relación al Concilio Ecuménico.

Aquella persona me dijo: “¿Por qué se ha convertido usted ahora al catolicismo, si dentro de poco se unirán las iglesias?” Quería darme a entender que permaneciendo protestante unos años más, entraría en la Iglesia Católica “por la puerta grande”, es decir, pactando con Roma desde mi puesto y sin rebajarme.

Más tarde he meditado mucho sobre ese magno Concilio Vaticano II que la Iglesia prepara con las mayores esperanzas. Hace tiempo que vengo observando las reacciones de ciertos seglares ante este acontecimiento. Es “vox populi” que dentro de poco ya no habrá católicos ni protestantes. ¡Dios lo quiera! Pero la mayor parte de los que esto afirman desconocen casi por completo el otro frente del Concilio Ecuménico, el frente protestante.

Cuando en aquel nefasto 31 de octubre de 1517, Martín Lutero clavó sus famosas noventa y cinco tesis en la catedral de Wittemberg, el mundo cristiano se dividió en dos frentes: católicos y protestantes. Los pocos herejes que por aquel tiempo existían, ajenos a Lutero, eran de poca consideración. En su mayor parte se unieron al “reformador” alemán. Poco después, Calvino hizo su propia reforma. Inglaterra, por medio de Enrique VIII,

tomó el carácter de cismática. Más tarde, durante el corto reinado de Eduardo VI, abrazó el luteranismo-calvinismo. Y finalmente, Isabel I hizo a su patria un país definitivamente anglicano.

En los comienzos de la reforma protestante, un Concilio como el que ahora se está preparando, hubiera sido un proyecto totalmente utópico. Pero hubiera tenido una ventaja de la que ahora carece el que se va a celebrar. La única ventaja, oculta entre miles de inconvenientes, hubiera sido que en aquella época el protestantismo era una secta definida, un frente determinado. Los padres de la reforma, luteranos, calvinistas y anglicanos, aún en la actualidad mantienen una estrecha relación y profesan un credo que difiere en muy pocos puntos.

Celebrar en aquel tiempo un Concilio pro-unión, era pedirle peras al olmo. Los odios estaban muy vivos. La herida sangraba. Aquel no era tiempo para uniones, sino para guerras más o menos santas. El protestantismo acababa de nacer y estaban llenos del vitalismo que tiene toda empresa joven.

Fueron pasando los años, los siglos, y la obra de Lutero se fue extendiendo por el mundo. Los tres padres engendraron una numerosa prole que poco a poco se fue fortaleciendo. En el siglo XVII, los presbiterianos, bautistas, reformados, cuáqueros, congregacionales, metodistas, etc., fueron haciendo acto de presencia. Ya no son tres sectas, de doctrinas más o menos diferente, separadas por cuestiones dogmáticas y de jurisdicción. Ya son una buena docena, que aunque no se “excomulgan” unas a otras, cada una se cree más pura y ortodoxa que las demás. Aquí surge un hecho de gran importancia. Los hijos de los primitivos reformadores no salieron de la Iglesia Católica, sino que nacieron entre los que se separaron de Roma. Una unión ya co-

mienza a ser más problemática. En el siglo XVII no se soñó jamás en una política de acercamiento. Una empresa tal significaba un pacto con cada uno de los jefes de esas “iglesillas”.

En los siglos XVII y XVIII, la prole fue aumentando. Los pentecostales, discípulos de Cristo, ejército de salvación, nazarenos, etc., aparecieron casi simultáneamente. Si los padres, en el fondo, están de acuerdo, los hijos sólo se toleran. De vez en cuando se reúnen para tratar problemas comunes. Pero no hay unión más ficticia que la de las sectas protestantes liberales. Se respetan, aparentemente, pero siempre tratan de quitarse adeptos entre ellos mismos. En doctrina están muy separados, aunque, según ellos, las diferencias son de poca importancia. Yo opino lo contrario sobre la inmensa mayoría de los casos. Usos niegan lo que otros aceptan y en sus pulpitos se critican abiertamente. Esgrimen razones de “santidad”, dándose cada secta el título de ser más santa y estar más cerca de Dios que todas las otras.

No obstante, si por cuestiones doctrinales fuera, se podría llegar a una unión. Pero en materia administrativa, factor de gran importancia en cualquier orden social, son impenetrables. Se administran por separado y están divorciados por completo de los otros en este plano. Cada una de estas sectas tiene un superintendente general que con un consejo de administración, maneja por completo las cuestiones económicas.

Cuando se hizo pública la primera noticia del Concilio, yo era pastor y me encontraba casi de superintendente general, para España, de una nueva secta protestante. Como era de esperar, prediqué varios sermones comentando el hecho. La tónica general de mis antiguos colegas es muy distinta a la de la mayor parte de los católicos: hablan de

“señales del Apocalipsis” que “profetizan” el Concilio y no dudan en calificar de operación del “Anticristo” el intento de unir las iglesias. No quiero ser derrotista, todo lo contrario. Pero les repetiré mis propias palabras. Cuando, siendo pastor, se me pidió que comentara la posibilidad de una unión, dije: “Nunca pactaremos. O la Iglesia Católica se convierte (al protestantismo), o no habrá unión”. La persona que me preguntaba me dijo: “¿Y en caso que, como usted dice, la Iglesia Católica se convirtiera, le interesaría la unión?”. Aquí surgen los intereses creados. Mi respuesta de aquel entonces refleja el sentimiento general de mis antiguos correligionarios. “Tal como me encuentro en la actualidad — dije — prefiero que las iglesias no se unificuen. Cualquier superintendente piensa lo mismo que yo: preferimos ser «papas» de nuestra secta que obispos de Roma”.

En la mayor parte de los casos, los jefes de sectas no tienen la suficiente calificación intelectual y teológica como para ocupar un puesto jerárquico en la Iglesia Católica. Ellos lo saben y temen que una unión les reduzca a la categoría de simples fieles. Miles de pastores, evangelistas, escritores, propagandistas, locutores de radio, etc., viven de sus sectas. Están convencidos, aunque esto no sea del todo cierto, que la unión les dejaría sin sus medios de vida. Tomaré un ejemplo cualquiera. El superintendente de una moderna secta americana es un hombre que goza de una insuperable situación económica y social. Este hombre se siente, como yo me sentía, “papa” de su “iglesia”. En ella hace lo que quiere. Nadie le discute casi nada, la secta la ha fundado él. Todos le admiran. Si este hombre se une al catolicismo, ni siquiera sería sacerdote; su formación teológica no lo permite. Y como él mismo dijo, si se une y le dan cargos, será como má-

ximo, “un obispo a las órdenes de Roma”.

A pesar de todo, la gran dificultad de la unión, la insuperable dificultad, no la veo en estos hijos de los padres del protestantismo. El tiempo ha pasado. Ya son muchos los años que median entre Lutero y nosotros. La familia se ha incrementado con unos nietos lo más difícil de controlar. Desde primeros de siglo hasta nuestros días, cada mes, cada semana, nace una nueva secta protestante. Ya se cuentan por cientos. Testigos de Jehová, nueva luz, ciencia cristiana, adventistas, etc., se extienden por occidente a una velocidad de vértigo.

Los hijos se respetan, conformándose con decir cada uno de ellos que es más puro y ortodoxo que el resto. Pero los nietos se excomulgan abiertamente, afirmando cada uno ser la única y exclusiva verdad. Tienen doctrinas que distan ya mucho de ser cristianas. Los testigos de Jehová niegan la divinidad de Cristo. La “Nueva luz”, la existencia del pecado. La “Ciencia cristiana”, la redención. Y así sucesivamente. Pactar con ellos es poco menos que imposible. La idea que llevó a Lutero a su reforma se ha desenfocado mucho. Ya casi nadie piensa en ella. Lutero es para el protestantismo moderno, un hombre que fracasó en su empresa.

La primera pregunta que yo me planteo cuando pienso en la unión, es: ¿Con quién vamos a pactar? ¿Con los padres de la reforma? En ese caso existen muchísimas posibilidades de que se llegue a la unificación. Luteranos, calvinistas y anglicanos pueden volver después de varios siglos a la Iglesia de donde salieron. Pero en caso que esto suceda, aún quedarán en el mundo protestantes y católicos.

Si se intenta pactar con los hijos de la reforma, pregunto: ¿Con cada uno de ellos en particular? Si no es de esta manera, la unión parece imposible. La confederación protes-

tante mundial no tiene poder ejecutivo alguno. Y hasta puede darse el caso que un superintendente de secta se decida a unirse, pero un inferior puede muy bien no estar de acuerdo y quedarse con la organización. Una iglesia aislada, un pastor cualquiera, puede negarse a pactar con Roma. En el protestantismo, prácticamente, nadie obedece a nadie. Cualquiera que no esté de acuerdo con un superior, se separa de la secta, se lleva todos los fieles que pueda, funda otra secta, y en paz.

Dije que no era un derrotista. Es posible que este artículo le parezca a alguien lleno de pesimismo. Le aseguro que no. He querido mostrar a los creyentes católicos que la unión no es una empresa humana. Por medios humanos, no habrá unificación. Mas a Dios, todo es posible. El Concilio no es una empresa política, es una empresa divina. Orad, es el mensaje de Su Santidad Juan XXIII al mundo católico. Nuestro Santo Padre sabe que necesitamos oración, mucha oración. Sólo un milagro podrá hacer realidad nuestros sueños.

Si todos somos conscientes de la dificultad, oraremos. Esta empresa no es de Roma en particular. Roma sola, humanamente, no podrá llevarla a cabo. Esta es labor de millones de católicos orando fervorosamente. Tengo confianza, en Dios por supuesto, de que pronto volveré a tener como hermanos en la fe a aquellos que fueron mis hermanos protestantes. Dios tiene muchas maneras de obrar. Quién sabe si todos los protestantes se unirán como yo lo hice. Creo en los milagros y, por lo tanto, creo en la unión “milagrosa” y no humana como muchos creen. Esperemos que pronto se cumpla la profecía: “Un solo rebaño y un solo pastor”.

José Luis ALMUNIA

Tánger, marzo 1962.

¿ES POSIBLE LA COLABORACION EN LA TECNICA DE LA EXPLORACION ESPACIAL?

En la euforia de los éxitos espaciales, he aquí que el primer ministro soviético envía al presidente norteamericano una felicitación por el resultado del vuelo del coronel Glenn y le propone una colaboración de los dos países en la exploración del espacio. Kennedy acoge la oferta, recuerda que él mismo había expresado ya este deseo en su primer mensaje sobre el Estado de la Unión y añade: "He cursado instrucciones a los funcionarios apropiados de mi gobierno para que preparen nuevas y concretas propuestas sobre proyectos inmediatos de acción común y conjunta, y espero que en fecha muy próxima nuestros representantes puedan entrevistarse para discutir nuestras ideas y las suyas, en un espíritu y atmósfera de cooperación práctica".

La gran aventura humana y técnica de los tiempos modernos es, sin duda, la conquista del espacio, en la que están lanzados en una carrera tenaz Norteamérica y Rusia, que gastan en ello sus mejores recursos intelectuales y económicos. Con esta propuesta de mutua colaboración los dirigentes de los dos países fingen ilusionarse en la esperanza de que los avances van a ser más rápidos y que pueden ser también fructuosos en la perspectiva de la paz.

Como se trata de programas de exploración espacial, es oportuno recordar que el verdadero fin de la astronáutica es unir la Tierra con el cielo, para permitir a los humanos poner pie en los plazos más cortos en la Luna y desde ella en los planetas más próximos para tantear la posibilidad de explotación de sus recursos.

El viaje del hombre a la Luna está siendo estudiado desde hace tiempo y se confía en su ejecución completa, quizá antes de 1965. El problema, es abordado a base de poner en órbita un enorme vehícu-

lo, quizá de hasta 100 toneladas, cuyo lanzamiento siendo imposible desde la Tierra requerirá un ensamblaje de distintas piezas en el espacio. Este primer barco cósmico se colocaría en una órbita próxima a la Tierra, desde la cual se lanzaría un segundo barco y luego un tercero hasta formar un verdadero tren espacial, capaz de alcanzar la región lunar, frenar en sus proximidades y emprender el regreso a la Tierra, abandonando "vagones" en maniobras sucesivas. En lo inmediato de esta especulación teórica se trata de saber qué operaciones de este programa corresponderán al año 1962, puesto que paralelamente a la experimentación del material se requiere un entrenamiento cuidadoso de los hombres destinados a los vuelos cósmicos.

La motivación bélica de la exploración astronáutica

Hay que recordar que cuando los soviéticos experimentaron cohetes capaces de transportar cargas útiles importantes a velocidades muy elevadas y a enorme distancia, fue cuando verdaderamente empezó la "era espacial", que ejerce una manifiesta influencia en toda la vida internacional. Norteamérica se vio forzada a emprender también la misma carrera, por preocupaciones de seguridad.

Ahora está intentando conseguir aparatos capaces de destruir los cohetes soviéticos antes de que lleguen al blanco, es decir, está empeñada en el perfeccionamiento de un cohete anticohete. Los técnicos de la "Bell Telephone Laboratory" están construyendo cerca de Nueva York un dispositivo de lanzamiento del cohete anticohete, un "Nike Hércules", provisto de un radar que explora el cielo por la zona de llegada prevista del cohete agresor, le sigue y transmite los informes sobre ve-

locidad y dirección a un calculador de gran velocidad que dispara el anticohete, y le hace estallar en el punto en que el cohete agresor entra en el radio de acción de la bomba nuclear del anticohete.

Para conseguir una mayor seguridad, Norteamérica ha estudiado la puesta en órbita de una red de satélites — los "Midas" — que detectarían los cohetes del adversario desde el momento de su encendido en tierra. Se cree que, aún después de perfeccionado, este sistema no funcionará de manera segura, como para permitir los disparos de represalia nuclear antes de que los cohetes enemigos hayan llegado al blanco. Con el fin de ganar un tiempo precioso para la acción de represalia, evitando la destrucción de los cohetes de defensa antes de que sean destruidos en tierra, se ha elaborado el programa de los satélites de reconocimiento "Samos", equipados con dispositivos ópticos que permiten ejercer vigilancia minuciosa sobre toda la zona donde se sospeche que existen bases de lanzamiento desde las que puede partir la agresión. De todos modos aunque se detecta con tiempo suficiente la partida de un cohete agresor y estén bien calculados todos los datos de velocidad, dirección y blanco asignado, la decisión de la represalia tiene que ser política y no puede ser abandonada a un calculador electrónico por perfecto que éste sea.

Espejismo — o propaganda — pacífica de la exploración espacial

Las preocupaciones militares que han impulsado hasta ahora los programas espaciales norteamericano y soviético, parecen momentáneamente olvidadas después de los sensacionales vuelos pacíficos de Gagarine y Titof el 12 de abril y el 6 de agosto de 1960, por parte rusa, y el

del coronel Glenn días pasados. En este ambiente de competencia pacífica los técnicos de uno y otro país se ilusionan con los avances que podrían conseguir aunando sus esfuerzos en la exploración y conquista del espacio.

Independientemente del entrenamiento de los cosmonautas y de la preparación técnica, los programas norteamericano y soviético parecen todavía reducidos a una exploración más cuidadosa de la Luna, como etapa previa para el asalto a los planetas próximos. Rusia empezó esta fase de exploración lunar en 1959 y se beneficia todavía de los avances logrados desde entonces. En la noche del 13 al 14 de setiembre de 1959, la Unión Soviética lanzó el primer "Lunik" hacia la Luna que pasó a 6.500 kilómetros; poco después lanzó el segundo, que dio en el blanco y, en el mes de octubre del mismo año, el "Lunik III", que obtuvo las primeras fotos de la cara oculta de nuestro satélite y las transmitió a la Tierra. Desde 1960 Rusia desarrolla cohetes con cargas útiles tres veces superiores a los de 1959, que le han servido para satelitizar barcos cósmicos con los que ha proseguido la exploración lunar. Beneficiándose de estos avances, Rusia proyecta, ya en su actual programa de 1962, alcanzar el planeta Venus. Probablemente se tendrá pronto noticia de algún intento soviético, aunque parece que hasta el 15 de agosto próximo no se presentará una circunstancia favorable para el lanzamiento.

Norteamérica, entretanto, con la experiencia adquirida por los vuelos de Sefphard y del coronel Glenn, ha marcado el comienzo de los vuelos siderales tripulados y orienta sus esfuerzos hacia la construcción de un vehículo sideral que pueda transportar una tripulación de varios hombres. El motor impulsor del vehículo no está todavía disponible. Durante el año 60 se realizaron numerosos experimentos en Jackass Flats, Nevada, para perfeccionar un tipo de motor de combustible hidrógeno líquido llamado "Kiwi".

Los experimentos tuvieron el éxito esperado, como resultado de aquellas pruebas, se está fabricando el motor "Nerva", sigla de "Nuclear Engine For Rocket vehicle application", que es un motor nuclear para ser aplicado a un vehículo impulsado por cohetes. Esperan los técnicos que con este nuevo motor serán posibles los vuelos siderales señalados para 1966. Los problemas todavía no resueltos son numerosos: uno, el de la alta temperatura asociada con el motor nuclear; el segundo, la dificultad de integrar el reactor con los sistemas de vehículos para los viajes proyectados; y el tercer problema, el de la dispersión de los productos fisiónables peligrosos para la vida humana que se desprenderán del motor cerca del punto de lanzamiento. Estos problemas no parecen insuperables en la técnica actual, aunque requieren todavía meticolosos estudios. Sólo con motores nucleares se puede pensar en alcanzar los planetas Marte o Venus. El Dr. Harold Ritchev, presidente de la Sociedad Americana de Cohetes, ha declarado ante la Cámara de Representantes norteamericana lo siguiente: "Desde hace un año llegamos a la conclusión de que ningún departamento del gobierno, ni ninguna firma industrial posee todavía los conocimientos y medios necesarios para llevar a cabo el programa de desarrollo de motores nucleares para cohetes". Desde la fecha en que se hizo esta declaración parece que la dificultad sigue en pie y se está muy lejos de resolverla.

El ejemplo decepcionante de la energía nuclear

Las perspectivas de la cooperación científica y técnica de Estados Unidos y Rusia, en la exploración espacial, son muy escasas a juzgar por el ejemplo de la cooperación en el desarrollo de la energía atómica tantas veces intentada y siempre fallida.

Los objetivos de los programas

de desarrollo electronuclear eran decididamente pacíficos, por cuanto que orientaban todos los esfuerzos a perfeccionar la tecnología hasta lograr una producción de energía eléctrica a precios de competencia con la obtenida de combustibles sólidos. El objetivo inmediato era pues reducir el coste de la electricidad que permitiría establecer grandes centrales eléctricas en zonas tal vez muy apartadas y pobres, donde la provisión de otras formas de energía es prácticamente imposible. Sin embargo, todos los intentos se han frustrado y los ejemplos de resultados pacíficos muy beneficiosos no han servido para estimular la cooperación de los dos países en este campo.

Voy a citar algunos de estos ejemplos realmente interesantes. A fines del 60 se construía una central electronuclear portátil de 1.500 kW que fue expedida en avión a Camp Century, al norte de Groenlandia, y montada en un túnel construido bajo los hielos. Este reactor funciona a pleno rendimiento suministrando energía eléctrica a una copiosa guarnición militar allí aislada. Otras dos unidades del mismo tipo se hallan en construcción en Wyoming y en Alaska. En noviembre del 61 los Estados Unidos establecían otra central semejante en McMurdo Coun, en la Antártida.

Estos ejemplos revelan suficientemente que los horizontes de la energía atómica se han ensanchado prodigiosamente en el campo de las aplicaciones pacíficas y que cabría impulsar su desarrollo para extender más y más sus beneficios, sin que este desarrollo lleve consigo una inerte propensión de aplicación bélica, como tampoco lo lleva la industria automovilística o la siderurgia en general. Son los hombres los que hacen inmorales los instrumentos.

Pero, en el caso de los programas de exploración espacial todavía no se ha roto suficientemente la estrecha vinculación militar de estos programas de exploración espacial, como para confiar en que,

ni Rusia ni Estados Unidos, van a poner uno a disposición del otro los logros alcanzados en este terreno de la investigación. Por lo que nuestro comentario a la oferta de

Kruschef y a la aceptación de Kennedy ha de ser forzosamente pesimista: quienes no pueden entenderse sobre los problemas inmediatos y urgentes de paz en la tierra,

difícilmente podrán hacerlo sobre programas de exploración espacial que apenas pueden disimular se trata del desarrollo de una técnica de destrucción mutua.

Jesús SÁINZ MAZPULÉ

UN PELIGRO MUNDIAL, LA SUPERINDUSTRIALIZACION

Un "complejo" psicológico informa desde hace tiempo todo el mundo, y, de modo particular, a los países jóvenes, especialmente los recién salidos del colonialismo. Se tiende a considerar a los países agrícolas como subdesarrollados, se considera a la agricultura como sinónimo de retraso y a la industria como de adelanto. Este complejo, sin querer, determina en todos los países del mundo un afán, un frenesí de industrialización.

En todas partes surgen factorías de automóviles, siderúrgicas. Chile exporta maquinaria; Venezuela y Colombia establecen acerías; Argentina y Brasil instalan una enorme industria del automóvil. Y lo más gracioso es que, con ingenuidad, todo el mundo cuenta con la exportación para atender sus sobrantes de producción. Lo mismo se observa en África, incluso en los países recién salidos de la selva. Muy respetable este afán de independización. Pero, cuando todos los países del mundo a la vez produzcan e intenten vender máquinas y automóviles: ¿a dónde van a exportar?

Cifras impresionantes

Contrariamente a lo que se cree, existen ya poquísimos países agrícolas en el mundo. Ya casi todos, incluso los que tienen fama de menos desarrollados, son industriales. En todas partes, la población industrial supera a la agrícola, y, no hay que decirlo, la renta.

En los países clásicamente desarrollados, la proporción de población agrícola (inclusive la ganadera) es irrisoria al lado de la industrial: p. ej. EE.UU. un 12,21 por 100 contra 35 %; Alemania 15,48 contra 47,45 %; Gran Bretaña 5,05 % contra 48 %; Italia 29,9 % contra 35,21 %, etcétera. Pero, lo que la gente no sabe, es que en los países que se consideran típicamente agrícolas, la proporción de población agrícola es ya notablemente inferior a la industrial. Así la Argentina ofrece un 25,17 % agrícola

contra un 28 % industrial; el Canadá 12,79 % contra 36 %, etc. (1), y lo mismo en casi todas partes.

El desnivel es, aun, mucho más impresionante si se observa la renta. Casi ya no existe ningún país en el mundo donde la producción agrícola y ganadera no sea muy inferior a la industrial.

La proporción entre la renta agrícola y la industrial en los países "desarrollados" es enorme: Alemania solo 9 % contra 70 %; Bélgica 7 % contra 67 %; Reino Unido 4 % contra 71 %, etc. Pero lo mismo ocurre en países de fama netamente agrícola y ganadera: Argentina agricultura 19 % contra 51 % industria. Brasil 26 % contra 45 %; Perú 25 % contra 41 %, etc. Mas, lo extraordinario, es que incluso en casi todos los países considerados como subdesarrollados, la producción agrícola queda por debajo de la industria. Por ejemplo: Grecia 34 % agricultura contra 51 % industria. Portugal 28 % contra 52 %. Yugoslavia 33 % contra 67 %. Ecuador 37 % contra 40 %. Méjico 20 % contra 60 %. Egipto 35 % contra 46 %. Hay que acudir ya a países extremos, por así decir, y, aún en ellos, la proporción de la producción agrícola no es ya mucho mayor que la industrial: Filipinas 38 % contra 34 %. Pakistán 56 % contra 29 %. India 50 % contra 38 % y Honduras 50 % contra 45 %. Ya van quedando raros.

Aclaración necesaria

Pero existe, todavía, una circunstancia agravante. Y es que, dentro de la población y renta agrícolas (incluyendo en éstas todo cuanto se refiere a la producción alimenticia), la proporción dedicada (puesto que por

(1) Los datos y cifras expuestas están sacados de las publicaciones económicas del Banco de Bilbao, que transcribe las mejores estadísticas mundiales.

Agricultura pretendemos aquí abarcar todo cuanto se refiere a la producción alimenticia) a la ganadería y pesca es de una insignificancia impresionante. Una gran parte de la producción agrícola, por desgracia, está consagrada a los monocultivos, característicos de la mayoría de países pobres (como los mediterráneos y otras regiones áridas), no necesarios para la vida, tal como la naranja y tal como ocurre en los países tropicales con el café, con el té, etc. Estas plantaciones, por contraste, son, en muchas partes, las únicas que pueden considerarse como algo "industrializadas" y imbuidas de alguna organización "productivista". Pero, precisamente aquellos artículos del más indispensable consumo — carnes derivadas de la ganadería, y artículos hortícolas —, son objeto de una producción insignificante, al lado de su elevadísima necesidad. Probablemente, la población y renta ganaderas y hortícolas del mundo (a pesar de que las carnes y los productos hortícolas constituyen casi el 50 por 100 de las necesidades más perentorias humanas) no llegarán a ocupar el 5 % de la población de la humanidad entera. En cuanto al renglón de cereales, trigo, arroz, etc., por fortuna la gran mecanización del campo compensa, bien que sólo en parte, la despoblación del mismo y la casi total falta de mano de obra que se nota en el campo por doquier.

De la pesca, ni hablar, pues su insignificancia, al lado de las necesidades humanas, es ya extrema y visible.

Mas, de otra parte, aún queda un sector, y muy grande, que viene a deducir los porcentajes, ya de sí, como vemos, hartamente menguados, de la agricultura mundial, y es todo el sector de plantas industriales, cuyo exponente timos, la proporción agrícola aún es menor con gran menoscabo de la producción alimenticia.

El desarrollo industrial es como bola de nieve

Y el frenesí de industrialización prosigue en todas partes como bola de nieve. Aparte de que industrializar un país es, en definitiva, cosa más fácil de lo que se cree. Lo difícil es "agricolizarlo".

El entusiasmo hacia todo lo industrial, la facilidad de las técnicas y de las aplicaciones al mismo de la matemática y de la mecánica, bajo la palabra y los slogans mágicos de la productividad, hacen que doquier los incrementos de los índices industriales sean muy superiores a los agrícolas. Tomando nada menos que la base de 100 para 1951 (cuando ya habían casi desaparecido los efectos por lo menos inmediatos de la gran Guerra), Alemania ha aumentado en lo agrícola sólo en un índice de 117 contra 190 en lo industrial (2). Canadá 124 contra 142. Francia 105 contra 150, Japón 131 contra 290. Italia 120 contra 177. Y no hablemos de los países antes subdesarrollados, o que han tomado gran desarrollo últimamente. Tal es el caso de España donde, contra un índice de des-

(2) El índice de producción de la Alemania occidental supera hoy el 200 % de la del Gran Reich de Hitler.

arrollo agrícola del 109 % hemos pasado a un índice industrial de 159 % habiendo llegado en algunos sectores, como el eléctrico, nada menos que al 400 % (3).

Para decirlo en una forma vívida, podemos afirmar que hoy se hace todo lo posible para popularizar las cocinas eléctricas y las neveras por doquier: pero no se atina a proveer con que llenarlas fácilmente.

El contraste entre la salida de los productos industriales y los agrícolas

Este solo contraste bastaría para que nos diésemos cuenta del profundo desequilibrio a que conduce la superindustrialización, y sus peligros.

Basta fijarse que todos o casi todos los productos industriales sólo se venden gracias a una dura labor comercial y de propaganda. En el fondo, esto demuestra un mal endémico: cuando, para colocarlos, hay que afanarse tanto, y hacer del comercio un verdadero esfuerzo, es, sencillamente (ley de la oferta y de la demanda, tan natural como la de la gravedad) por cuanto hay siempre sobra de productos industriales. Hay que hacer propaganda para vender aceros, aspiradores, automóviles, productos químicos, y, como excepción, dentro de los artículos alimenticios, aquéllos que en definitiva provienen de monocultivos y son casi de lujo, por lo menos no indispensables, como p. ej. el café o los chocolates o bebidas. En cambio, jamás, hemos visto anunciar una chuleta, o la merluza que se vende en el mercado, o la lechuga que nos llega del huerto.

Y esto último es hartamente más importante que lo primero. Un aparato electrodoméstico se adquiere unas pocas veces en la vida; una motocicleta una o dos. En cambio, la chuleta o el arroz son cotidianos, y necesarios para nosotros y para nuestros hijos.

Y, según las estadísticas anteriores, vemos que el 60 % por término medio de la humanidad está empleado en producir los artículos industriales, muchos de los cuales no son indispensables, en tanto que la proporción de la humanidad consagrada a la producción alimenticia, vital e indispensable, no llega ya al 25 %.

(3) Contrariamente a todos los tópicos, en una Europa bien entendida, aun cuando parezca paradójica, España, Italia y otros países — especialmente los mediterráneos — abruptos y áridos, deberían ser los consagrados a la industria, en tanto que Francia y Alemania, con su magnífico clima húmedo, llanuras fértiles, ricas en humus, etc., deberían ser los primeros países agrícolas. En España la industrialización era necesaria, al revés de lo que ocurre en otros países, porque la pobreza de su suelo y lo ingrato de su clima no permiten vivir en su árido campo a nuestra población creciente.

Ello nos ha llevado, sin embargo a ser, en definitiva, uno más entre los países típicamente industriales, con un 180 % de masa obrera sobre de la campesina. Hoy ya los grandes problemas comerciales de España son los de todos: ver de dar salida a nuestros productos industriales, en competencia con la superproducción de todo el mundo, y, en cambio, haber de adquirir, donde podamos, los alimentos que nos faltan, cada vez más raros y caros.

Constante progresión del alza de los alimentos

Esta constante progresión está denunciada en los periódicos, como cosa ya natural e irremediable (la "Vanguardia" la publica todas las semanas, e, indefectiblemente, señala entre los artículos "con tendencia a subir" todos los indispensables y vitales, y entre los de "baja" siempre sólo, como es natural, los de lujo).

Veamos unas cifras bien significativas acerca de lo bajo que permanece — contra lo que se cree — los productos industriales ante los agrícolas. Como es sabido, desde 1936, el "average" de subida de precios (habida cuenta la depreciación de la peseta) ha sido en España del orden de 1.500 %. Pues bien, observemos la que sigue.

Los precios p. ej. de los aceros, del automóvil, etc., en cifras directas, han subido, desde 1935, apenas un 800 %. Otros transportes, etc., un 1.000 %. En cambio, los alimentos, en general (quizá salvo los derivados de los cereales) han subido más de 2.500 %. Los huevos, por ejemplo, 3.000 %.

En España y fuera de ella, hoy, el precio del kilogramo de automóvil, que apenas sobrepasa las 150 pesetas, es casi igual al de la carne alimenticia, y ésta se produce igual que en la época de Asurbanipal, mientras que un automóvil que encontramos caro, y que resulta a poco más de 150 pesetas el kilogramo, es una maravilla de la mecánica, con sus mil mecanismos automáticos y de seguridad, con su radio y todo. Es el fruto de miles de años de estudio, de técnica.

Y es que la industria ha tenido sus geniales "Henry Ford" que han puesto sus productos al alcance de todos. Mas la agricultura, milenios más antigua, no los ha tenido.

He aquí un hecho bien palpable y a la vista de todos, en el que nadie se fija.

El hambre en el mundo

No hay que combatir, claro está, que el automóvil sea cada vez más barato. Al contrario. Pero sí hay que lamentar que este colosal esfuerzo para poner en todas las manos los progresos de la técnica y de la maquinaria, no se haya realizado, ante todo y sobre todo, cerca de la producción alimenticia, harto más indispensable.

En un mapa-croquis mundial publicado por el Boletín de la "Asociación católica de dirigentes", se indica como la mayor parte del orbe corresponde a zonas subalimentadas: el 75 % de la humanidad dispone de menos de 2.200 calorías por persona, que se considera el mínimo indispensable.

Este hecho que, hace poco, también estaba expuesto en los carteles de nuestras iglesias, con ser asunto de caridad, es también asunto de enfoque económico.

No hay que ignorar las enormes dificultades que existen en aumentar la producción agrícola. Precisamente, industrializar un país lo hace cualquiera: lo difícil, es agricolizarlo. La producción industrial, gracias a la moderna técnica (máquinas que hacen el trabajo de cien hombres, etc.), aumenta en progresión geométrica, en tanto que la agricultura y sus productos sólo pueden hacerlo aritméticamente. Es, asimismo, muy fácil convertir un campesino en un obrero; en tanto que es imposible reconvertir un obrero en campesino. Una familia, que ha dejado el campo, no hay modo de que vuelva a establecerse en él, dejando, a su vez, a la ciudad. Si el problema del hambre en el mundo pudiera resolverse industrialmente, quizá ya estaría resuelto (3).

Un solo ejemplo:

La producción mundial siderúrgica anual es del orden de 200 millones de toneladas, que corresponde a 100 kilogramos de hierro o de acero por hombre. Que no es poco.

La producción de carnes ganaderas, en cambio, en todo el orbe, será de sólo 10 mil millones de kilogramos. O sea que — suponiendo esta cifra real, y es de temer sea muy superior a la realidad — cada hombre dispone, tan sólo, de ¡5 kilogramos de carne al año! Con esto está dicho todo. Por ello se explica como, en la misma Europa, existan ciudades importantes en que el consumo de carnes no sobrepase los 15 kilogramos al año por persona.

¿Se llegará, por este camino, a situaciones de hambre, en medio de un sobrante general de productos industriales y de una indigestión de técnica?

(3) Y podemos darnos por felices si no se abate en nuestro mundo alguna de aquellas crisis de superproducción mundial tipo de la de 1930-1933. ¿De qué vivirían nuestras inmensas masas obreras, sometidas a un paro de sólo un mes?

EN SEPTIMO CENTENARIO DE LA CONVERSION DE RAMON LLULL

I

Hogaño, el 25 de enero, festividad de la conversión del Apóstol de las Gentes, el Sr. Obispo de la Sede Mayoricense, Dr. D. Jesús Enciso Viana, en la basílica conventual de San Francisco, de Palma, en la que se guardan las reliquias del Beato mallorquín, inauguraba con solemnísimo pontifical el VII centenario de la conversión trascendentalísima de este perínclito hijo de nuestra raza. Al anunciarlo en carta de 8 de diciembre anterior, escribía el sabio prelado: "Discuten los biógrafos si sucedió aquélla el año 1262, o fue un año antes o un año después, hemos pensado que, sin tomar parte en la discusión, no quedaremos muy lejos de la verdad, si nos situamos en la fecha media. Por esta razón hemos elegido el año 1962, para dedicarlo a tan merecida y provechosa conmemoración".

Uno de los aguerridos caballeros acompañantes de D. Jaime I a la conquista de la mayor de las Baleares, a fines de 1229, fue Ramón Llull casado con Isabel de Erill, ambos catalanes de ilustre abolengo, "*satis clara fulgentes prosapia*". El esforzado Llull en el repartimiento de la isla, obtuvo casa y tierras, y solamente retornó a Cataluña para vender los bienes que allí poseía y recogiendo a su esposa, establecióse para siempre en Mallorca. Al cabo de 10 años de matrimonio alegró su hogar el nacimiento de un hijito que recibía el nombre de su padre. De edad de 14 años aquel glorioso monarca tomó a Ramón Llull y Erill por paje de su servicio y persona, siguiéndole por doquier en sus frecuentes y dilatados viajes; más tarde le eligió para el cargo de senescal y mayordomo del heredero de la corona de Mallorca, D. Jaime II. Día llegará en que deplora la mundanidad con que se pone en contacto por razón de dichos empleos, la sensualidad con que se encenagó hasta el punto de faltar habitualmente a la fidelidad de la distinguida y piadosa Blanca Picany, que por esposa había tomado y que ya le había dado fruto de bendición, un niño y una niña, que afianzaban su dicha.

En el tropel de su vida disipada y a veces escandalosa, cruzaba de tarde en tarde algún pensamiento turbador, fruto indudable de la cristiana educación que recibiera en su infancia. Abramos el tomo III del *Libre de Con-*

templacio (1): "En la corte del Rey vi entrar una vez un perro ajeno, roñoso, viejo, flaco, de muy fea catadura, y contemplé cómo el Rey y los caballeros le abuchearon, y los perros de aquella corte todos le mordieron y le echaron de palacio. Ende, cuando yo vi esto, Señor, me acordé de mí mismo y pensé que si yo envejecía en mi pecado y presumía entrar en la gloria, de la misma manera sería echado de allí como lo fue el perro de la corte del Rey, y así sería maltratado por los demonios, como la jauría real maltrató y, mordió al perro roñoso".

Pero no bastaba este pensamiento fugaz para cambiar su corazón "tot ple e farsit de falliments". Era menester que Jesucristo se le presentase clavado en el madero de nuestra redención y teñido con su sangre. Y llegó el momento escogido por la Providencia. Una noche mientras en su dormitorio escribía una canción amorosa para una mujer a la que amaba perdidamente, recibió la primera aparición del Redentor, que se repitió cuatro noches más; la última dióle el golpe de gracia. A la mañana siguiente lloraba muy contrito sus pecados y los borraba en la confesión sacramental, determinando un plan radical de vida futura. Aconteció eso en la plenitud de su edad y de su vigor, alrededor de sus treinta años según computo del sabio Pascual (2) y afirma él mismo arrepentido: "yo fui necio desde el principio de mis días hasta los treinta años de edad" (3). Al hablar, pues, de su conversión, se trata no de incredulidad a fe católica, sino de su cambio de estado de pecado a obra de penitencia, su paso de cristiano sensual a cristiano espiritual. Oigámosle en algunos pasajes de sus libros:

(1) *Llibre de Contemplació en Déu*. "Obres originals del Il·luminat Mestre Ramón Llull", revisadas y dadas a la estampa por la "Comissió Editora Lulliana", en siete volúmenes, con tantos capítulos como días tiene el año (Palma de Mallorca, 1906 a 1914). Dicha obra viene a ser su Libro de las Confesiones, tal vez la de más dramatismo interno que se haya escrito después de la de San Agustín. Perdidas en aquella vastísima selva de materias, verdadera enciclopedia ascética, flotan innumerables notas autobiográficas, que nos dan la fisonomía exacta de su esclarecido autor.

(2) *Vida del Beato Raymundo Lulio, Mártir y Doctor Iluminado*, por el R. P. Antonio Raymundo Pascual, monje cisterciense, nuevamente publicada por la Sociedad Arqueológica Lulliana (1890), t. I, cap. II, *passim*.

(3) *L. de la Contemplació*, cap. 70, *Com Déus és savi en tot quant fa* (t. II, p. 62, núm. 22).

"Luxuria fa fer cançons e dances e sons e voltes e lays als trovadors qui per luxuria son loadors e cantadors. On ¿que ls val, Senyer, loament de faysons ni ajensaments de paraules, pus que la obra per la cual son cantadors es tota plena de pudors e d orrées e de sutzetats?" (4).

"En axí com gran secada e gran fret es pestelencia dels fruits de la terra, en així, Senyer, la bellea de les fembres es estada pestilencia e tribulacio de mos ulls car per la bellea de les fembres son estat oblidors de la vostra gran bonea e de la bellea de vostres obres" (5).

"Can fuy gran e sentí del mon sa vanitat, comensé a far mal e entré en pecat, ublidant Deus glorios, siguent carnalitat; mas plac e Jhesu Crist, per sa gran pietat, ques presentá a mi V vets crucificat, per so quel remembrás en fos enamorat tan fort, que en tractás con él fos preicat per tot lo mon, e que fos dita veritat de la sua trinitat e con fo encarnat; per qu'eu fuy espirat en tan gran volentat, que res áls no amé mas que él fos honrat: e adoncs comensé con lo servis de grat" (6).

"Oh vos, Senyer, Deus, qui sots esguardament de mos ulls e de mos confiaments. De pus que vos, Senyer, m apellás e m despertás, se es la mia cogitació feta serva de vostres honraments e de vostres laors e de

(4) Ibid; cap. 143: *Com hom és sensible de luxúria* (t. III, p. 261, núm. 19).

"La lujuria inspira canciones y sonos y danzas y rimas y versos a los trovadores que por la lujuria son loadores y cantadores. Ende ¿qué provecho les hacen, Señor, alabanza de facciones ni aliño y compostura de palabras, pues que el sujeto y la materia porque cantan está llena de hedor y de podre y de suciedad?"

(5) Ibid; cap. 104: *Com hom se pren guarda en est món quals coses són belles ne quals són leges* (t. III, p. 114, núm. 13).

Así como la larga sequía y el frío demasiado son perjudiciales a los frutos del campo, de igual forma, Señor, la belleza de las hembras fue pestilencia y tribulación de mis ojos, pues a causa de la belleza de las hembras he tenido en olvido vuestra bondad y la belleza de vuestras obras.

(6) *Desconort de Ramón* (edit. Mallorca, 1936), estrofa segunda.

Cuando fui crecido y la vanidad del mundo me tentó, empecé a mal obrar y entré en pecado, olvidéme de Dios, y fuime en pos de la carnalidad. Mas Jesucristo por su mucha piedad quiso cinco veces aparecérseme crucificado, para que le amase, y amándole procurase que fuese predicado por todo el mundo, proclamando la verdad de la Trinidad excelsa y de la Encarnación; por lo cual me sentí inspirado con una gran voluntad que en adelante deseé que fuese honrado; y entonces comencé a servirle con sinceridad de ánimo.

vostres volers, en e vos a contemplar s obliga es dona es sotmet de tots sos poders e de totes ses forses" (7).

"Entressenyás l amat a son amic, de vermells de novells vestiments; e estés sos brassos per so que l abrasás, e incliná son cap per so que li dones un besar, es estegué en alt per so que l pogués atrobar" (8).

"Angoxosament, en plorant, a jonollons, ab cor devot e ab lengua verdadera vos aora e us reclama e us vet gracias e merces lo vóstre home, fill de la vostra serventa e del vostre sotmes: e so de que us fa gracias, si es, Senyer, de la vostra passió; car estant que ell era mort e adurmit en peccats mortals, la vostra passió, Senyer, lo rexidá el despertá e li mostrá la vostra bonea a la sua frevolitat e la sua mesquina. Jesu Crist Pare. Con la vostra greu passió sia comensament e ocasió del meu rexidament e despertament de peccats, clam vos mercé, Senyer, que la vostra passió do amor a mon cor, e do lagremes a mos ulls, e do bones obres e mes mans, e do a mos peus carreres segures" (9).

(7) L. de C., cap. 149: *Com home cogita en la divinal essència* (t. III, p. 292, núm. 25).

Oh vos, Señor Dios, que sois mirada de mis ojos, y objeto de mis confidencias. Después que me llamaste y me excitaste del sueño, mi pensamiento se hizo siervo de tus honorificencias, de tus loores y de tu beneplácito; y a contemplaros se obliga y se somete con todo su poder y todas sus energías.

(8) *Libre del Amich e Amat* (edic. Mallorca, 1904), verso 90, p. 71. Ramón Llull, por altanero y pecador, era enemigo de Dios; mas a su trueque de mal en bien, aparece leal servidor de Él, imaginando una bella alegoría que simbolizará la espiritual comunicación entre el Creador y la criatura y le servirá de tema o leit motiv inspirador del *Libre de Amich e Amat* (especie de Canticus canticorum), "lo cual amich fos feel e devot cristiá e l amat fos Deus", anota Mateo Obrador. Recordemos el versículo 97: "Lu lum de la cambra del amich, per so que en gitas tenebres e que lo remplís de plaers e de languors e de pensaments. E l amich gitá de sa cambra totes coses, per so que hi cabés son son amat".

Se presentó el Amado a su amigo, señalado con rojas y nuevas vestiduras; e inclinó su cabeza para que pudiera besarle, y se mostró en alto en la cruz, para que sus ojos derramados pudieran encontrarle.

(9) L. de C., cap. 55: *Com nostre Senyor Jesu Christ ordoná en est mon la sua passió* (t. I, p. 282, núm. 28).

Angustiosamente y llorando de hinojos, con el corazón devoto y la lengua verdadera, os adora y os reclama y os rinde gracias vuestro hombre, hijo de vuestra sierva y de vuestro sometido; y el motivo de tanta gratitud es, indudablemente, Señor, vuestra pasión; pues hallándose en estado de muerte espiritual y adormecido en pecados mortales, vuestra pasión lo sacó y despertó de tal abismo y le hizo ver vuestra bondad y su vacuidad y miseria. ¡Jesucristo Padre! Como vuestra dura pasión sea el comienzo y la ocasión de mi levantamiento y de mi despertar de los pecados, os clamo merced, Señor; que vuestra pasión de amor a mi corazón y lágrimas a mis ojos y buenas obras a mis manos, y seguros caminos a mis pies.

*“Son creat a esser m es dat
a servir Deu, que fos honrat,
e son caüt en mant peccat
en ira de Deu fuy pausat.
Jesús me vene crucificat:
vol que Deus fos per mi amat.*

*Matí ané querre perdó
a Deu, a prés confessió
ab dolor e contrició... (10).*

II

Sin haber agotado la materia, bastan los precedentes textos a infundirnos la convicción de que en el decurso existencial de Ramón Llull y Erill se operó un suceso trascendentalísimo, demasiado claramente repetido por él mismo, lleno de sinceridad, con pluma de convertido, inclinada siempre a no suavizar, respecto de su vida disipada, ninguna arista por muy hiriente y humillante que sea. Su cambio no surgió espontáneamente, como observa el Dr. Sureda y Blanes: “Ramón rechazó la visión del Crucificado varias veces, como se rechaza una ilusión, una fantasía, con su espíritu crítico y desprecupado natural; y hasta la quinta visión no la cree tal. Después de las visiones siente Ramón Llull todo el peso imponderable de los hábitos, de las liviandades y de las circunstancias atávicas que durante su vida anterior le apartaron de Dios; lucha contra ellas, no pasionalmente, sino con espíritu sereno, reflexivo, como quien ha llegado a la posesión de la verdad y de la virtud y no quiere perderlas. En una palabra: la conversión de Ramón Llull se halla completamente aparte de todos los supuestos experimentales de los freudianos y neopsicoanalistas y los contradice en gran parte. Si no se recurre a lo trascendente, a la Divina Gracia, la conversión de Ramón Llull no tiene explicación congruente” (11).

Ciertamente la inesperada mudanza de referencia fue obra de la diestra del Altísimo (12). La quintuple aparición de Cristo a nuestro compatriota marca una fecha

(10) *Obres rimades: Cant de Ramón* (“Comissió Editora”), t. I, p. 257.

Fui criado y se me dio el ser para servir y honrar a Dios, pero caí en muchos pecados, y fui puesto en su ira. Jesús se manifestó a mí, crucificado: quiere que Dios sea por mí amado. Con la primera luz del día siguiente fuime a confesar, lleno de dolor y contrición, en demanda de perdón divino.

(11) Cf. *El Beato Ramón Llull, su época, su vida, sus obras, sus empresas*, por Francisco Sureda Blanes (Madrid, 1934), capítulo VII, p. 113. A este distinguido presbítero se debe la fundación de la “Schola Lullística Maioricensis”, cuyo prestigio llega a todos los ángulos del mundo intelectual.

(12) *Haec mutatio dextrerae Excelsi* (Psal. LXXVI, 10).

crucial, que divide la vida de aquel varón “rico y poderoso, y honrado con el distinguido empleo de mayordomo de un Infante heredero del Reino, bien dispuesto y galán, vivo, pronto y despejado, cortés y agradable, y que, como diestro en la poesía tenía habilidad para insinuarse en los corazones de todos” (13), en dos etapas desiguales, diametralmente opuestas. Antes es el hombre lúbrico y sensual, tentado de los bienes materiales, buscador de placeres, amante de fiestas y saraos, cortesano escandaloso, piedra de condenación y olvidadizo de su Creador; luego, merced a un enorme vuelco moral, tórñase hombre casto, adorador de la pobreza, de vida mística, amante de la soledad, sediento de penitencias, acuciado por honda preocupación de enseñar, en plan de apostolado misional, a los que van camino del infierno, y luchando por la unificación de toda la humanidad bajo un mismo Credo.

Bien definido quedó su propósito para satisfacción penitencial en su retorno a Dios: consagrarse — y lo juró tres veces (14) —; a la conquista espiritual de todo el mundo infiel, cosa poco oída hasta entonces. Para ello se preparó con todas sus fuerzas al estudio de lenguas orientales y profundizó en las ciencias sagradas y profanas, remontándose al nivel de los grandes sabios de su tiempo.

Llegan a 243 las obras que dejara escritas, de reconocida autenticidad, no todas publicadas, cuyos antiguos códices son tesoro de notables bibliotecas europeas. Con ellas no tenía más finalidad que enseñar, convencer o combatir a los que andaban en tinieblas del error. Fue extremo atleta de la Verdad. “Su esfuerzo perseverante — escribó Longpré — para hacer penetrar a Cristo en el mundo islámico y sus viajes perpetuos, su prisión en Bujía, su última odisea en Túnez a la edad de 80 años, permiten en cierta manera compararle a los dos grandes conquistadores espirituales de la Iglesia: San Pablo, en frente del mundo grecorromano, y San Francisco Javier a las puertas de China” (15). A fuer de Procurador de los infieles, como le placía llamarse, recorrió casi todo el mundo conocido, dice Galmés: “Su siglo le encuentra

(13) P. Pascual: *Vida ya cit.*, cap. II, p. 39.

(14) “Fort Senyer sobre totes forces qui sots esperansa de mos poders. Com la volentat, Senyer, ac oydes aquestes paraules, adoncs comensá a jurar tres vegades que ja ab ella no atrobarien posa ne remey dentró que tot lo mon fos de cristians e que tuit donassen gloria e lauor de un Deu en trinitat creador, recreador e glorificador”. (*L. de C.*: t. VII, cap. 358, p. 531, núm. 28). Oh Señor, fuerte sobre todas fuerzas, que sois esperanza de mis poderes. Tres veces he jurado que no hallaría reposo ni remedio hasta que todo el mundo fuere de cristianos y que todos diesen gloria a un solo Dios en Trinidad, creador, recreador y glorificador.

(15) Trad. del bien documentado estudio *Lulle Raymond le Bienheureux féconde écrivain surnommé le Docteur Illuminé*, publicado en el *Dictionnaire de Théologie Catholique* (col. 1140), por el P. Fray Ephren Longpre, O. F. M.

por todas partes, en Montpellier y en París, en Roma y en Génova y en Pisa, en Sicilia y en Nápoles, en Mallorca y en Barcelona, en Chipre y en Armenia y en Palestina, en Egipto y en Etiopía, en Berbería y en Andalucía, cubierto del polvo de todos los caminos y del salobre de todos los mares" (16).

Cirio perpetuamente encendido ante el altar de la fe católica, quiere extinguirse en holocausto de su Amado. Con tal de ganar almas, muchas almas, nada le importan los peligros ni contratiempos. Vistiendo pobre sayal, hecho un loco de amor — "Ramón, lo foll" — (17), gastó casi todo su patrimonio en viajes y limosnas; fue incomprendido, despreciado y abandonado de las gentes; herido, mesado en su barba y arrastrado por el suelo; viose maldecido, vituperado y afrentado; fue puesto en cárcel y entre cadenas y en trance de muerte. Mas él conservábase en todo lugar y circunstancias, humilde, abnegado y paciente, porque el negocio que le impulsaba era el negocio del Amado, sin anhelar otra recompensa en la tierra que el martirio.

El martirio era obsesión acuciante en Ramón Llull, y este desde los mismos días de su conversión:

"En axí com hom qui famejant se cuida, con menuga, e fa de gran bocins per la gran fam que sent, en axí, Sényer, tant es gran lo desig que l vostre servidor sent com pusca murir per donar laor de vos, que nit y dia se cuida e sesforsa aytant com pot, com pusca dar acabament a aquest Libre de Contemplació; e pures, com l aurá acabat, que vaja a escampar sa sanc e ses lagremes, per amor de vos, en la sancta Terra en la qual vos escampás sanc preciosa e lagremes misericordioses... En terra de sarranyis... pendre martire per la vostra amor, si tan es que a vos placia que ell ne sia digne" (18).

Los homes que moren, Sényer, per vellea, aquells moren per defalliment de calor natural e per sobreabundancia de fredor. On, lo vostre servidor, el

(16) Trad. de *Dinamisme de Ramón Llull* (Mallorca, 1935), pp. 3 y 4, autor, Mn. Salvador Galmés.

(17) No pocas veces se califica de esta manera, Llull, en su *Libre de Amic e Amat*.

(18) *L. de C.*, cap. 131: *Com hom és sensible de fam e de set* (t. III, pp. 187-88, núms. 20 y 21).

Así como un hombre hambriento se apresura al comer, y toma grandes trozos por la gran hambre que siente, así, Señor, es tan vehemente el deseo que vuestro servidor abriga de poder morir para daros loor, que noche y día se apresura y se esfuerza tanto como puede para dar fin a este *Libro de Contemplación*; y después, cuando lo hubiere ultimado, que vaya a derramar su sangre y sus lágrimas, por vuestro amor, en la Tierra Santa, donde Vos derramasteis sangre preciosa y lágrimas misericordiosas... En tierra de sarracenos... recibir martirio por nuestro amor, si tanto es que os plazca que de ello sea digno.

vostre sotsmes, si a vos plaia, no vulria murir a aital mort, enans vulria murir per calor d amor, per so car vos, Sényer, volgués murir a aital mort" (19).

III

Una creencia general, constante y venerable, asegura que nuestro Héroe vio, ya octogenario, cumplido este deseo que tan afincado llevaba en su corazón. Mateo Malferit, entrelazado con la rama masculina de Ramón Llull, escribía en la primera mitad del siglo xv, como testimonio *ex auditu*, pues era tradición de la familia que "alquanto post anno 1315: Raymundus Lullus... *dum fidem Christi mauris apud Bugiam predicat, gloriose lapidibus obruitur...*" (20).

Trasladado semivivo a Mallorca en un barco de genoveses, el siervo de Dios exhaló su espíritu en el trayecto a consecuencia de las heridas recibidas. Razona muy bien el Dr. Enciso Viana: "La crítica histórica, que tiene el deber de ser muy exigente, no parece dispuesta a admitir la verdad de esta tradición. Sin embargo, sea de ello que fuere, lo que parece evidente es que, después de su conversión, Llull entregó su vida entera a trabajar por los intereses de Dios y de Santa María y de la Santa Iglesia con una generosidad tal, y poniendo en juego valores tan extraordinarios, que bien puede decirse que en el siglo XIII fue un esforzado testigo de Cristo, que prestó su testimonio en forma heroica" (21).

"El calendario eclesiástico de nuestra isla indica, para el 3 de julio, Oficio Divino y Misa en honor del Beato Ramón Llull. Desde antiguo sólo tenía el privilegio la Provincia Franciscana de las Baleares. Mas a petición

(19) *Ibid.*, cap. 130: *Com home és sensible de calor e de fredor* (t. III, p. 181, núm. 22).

Los hombres, Señor, que mueren de vejez, mueren por falta de calor natural y por sobreabundancia de frío. De donde vuestro servidor y vuestro súbdito, si os pluguiere, no querría morir de tal muerte, antes querría morir por calor de amor, porque Vos, Señor, quisisteis morir de tal muerte.

(20) *Bol. Soc. Arg. Luliana*, t. XXVII (1937-38). p. 245, en donde el P. Fray Andrés de la Palma, O. M. Cap. un denso trabajo *Hacia las pruebas del martirio de Ramón Llull*, advirtiendo al hablar de Malferit: "Si bien el proceso de 1612, 1617 (en orden a la beatificación de R. L.), no prosperó, a causa de los grandes obstáculos formulados por los censores de la Ortodoxia del *opus luliano*, no por eso carecían de valor — grande por cierto — la mayor parte de las autorizadas deposiciones de muy distinguidos testimonios que allí figuran registradas. Así lo han apreciado autores juiciosos, como los PP. Jaime Custurer, jesuita (en *Disertaciones históricas del culto inmemorial del Bto. R. L.*), antiguamente, y José M.^a Pou, franciscano (en reciente monografía *Per la glorificació del B. R. L., en segle XVII*).

(21) Cf. *Bol. Ofic. del Obispado de Mallorca* (enero, 1962), pp. 24-29.

del postulador de la Causa Pía Luliana, Rvdo. D. Lorenzo Llabrés Pol, que se hallaba en Roma, el Papa Pío IX, por decreto de 4 de febrero de 1858 extendiólo a las tres Ordenes de San Francisco. Al cabo de unos meses, a instancias del Sr. Obispo D. Miguel Salvá Munar y Ayuntamiento de Palma, el mismo Postulador conseguía dicho rezo y misa para diócesis mayoricense.

En honor del insigne convertido el maestro Juan Llobet, fundador de la enseñanza luliana en Mallorca, erigió a sus expensas la capilla de "la Puritat de Nostra Dona", donde se admira el gótico sepulcro del Beato Ramón con notables adornos, cuyo diseño fue trazado por su discípulo y sucesor Gabriel Desclapés. Sobre la caja de cedro que atesora los sagrados despojos, una leyenda dorada perpetúa el epitafio estampado por nuestro mártir en su libro *Arbre de Filosofia d'amor*: ACÍ JAU L'AMIC MORT PER L'AMAT E SA AMOR... AMIC HUMIL PASCIENT LEYAL ARDIT ENSENYAT LARC SANT E PLE DE TOT BE E QUI ILLUMINA MOLTS AMADORS A HONRAR E SERVIR SON AMAT E SA AMOR (22).

Aquí yace el Amigo, muerto por el Amado y por su amor... Amigo humilde, leal, paciente, ardoroso, prudente, magnánimo, santo, colmado de todo bien, que ilumina a muchos amadores para que sirvan y honren a su Amado y a su Amor.

A punto de terminar nuestro artículo, asaz largo sin

(22) *Obres originals de R. L.* ("Comissió Editora, 1935), tomo XVII, p. 182.

pretenderlo, se hacía volar la noticia muy grata para España y particularmente para Cataluña, de haber sido creado Cardenal de la Santa Iglesia Romana el Eminentísimo Padre Anselmo Albareda, O. S. B., Prefecto de la Biblioteca Vaticana. El sabio monje montserratino ha estado en Mallorca en diversas ocasiones. La última de ellas el mes de abril de 1960 para asistir como "Magister de la "Schola", al magno y primer Congreso Internacional de Lulismo en Formentor, de cuya apertura pronunció hermoso discurso. Parece se le ha ofrecido la celebración del solemne Pontifical de clausura de VII centenario, que ha puesto la pluma en mis manos, a oficiar en su día en nuestra espaciosa Catedral. Todo en alabanza del Amigo del Amado que con frecuencia se firmaba "Ramon Llull, catalá de Mallorca".

Mientras tanto, al impulso de la invitación de nuestro Rvdmo. Prelado, mediante su meritada Carta Pastoral, los colegios, entidades y pueblo, se mueven y organizan ya procesiones, ya visitas colectivas a la referida basílica franciscana "templum exuviis Beati Raymundi Lulli ditatum", bajo cuyas bóvedas resuenan las estrofas del himno:

Puis que regnau coronat
en la glòria que mai passa,
vetlau, oh Amic del Amat,
per l'illa a on sou nat,
fill major de nostra raça!

BARTOLOMÉ GUASP GELABER, Pbro.,
«Magister» de la Escuela Lullística de Mallorca

(Viene de la pág. 64)

superar las diferencias y, de aquí, la necesidad de la gracia. De este modo todos pueden ayudar para que estos coloquios de manera lenta, pero certera, reporten grandes frutos. Incluiremos también en esta súplica todos los Institutos nacidos en diversas naciones con el fin de promover el mutuo conocimiento entre los católicos y hermanos separados, tanto los de Oriente como los de Occidente. Igualmente incluiremos en la intención la súplica de que toda la ciencia teológica se haga cada vez más en espíritu de diálogo con los hermanos separados, es decir, teniendo en cuenta sus actuales opiniones, problemas y dificultades. Con esto, los estudiantes de teología llegarán a ser sacerdotes verdaderamente preparados para ayudar a las almas, sedientas de la verdad.

La historia nos dice que se hicieron dos intentos, mejor dicho, dos uniones con las iglesias orientales. Una se realizó en el siglo XIII, en el Concilio Ecuménico de Lyon;

la otra, en el siglo XV, en el Concilio, también Ecuménico, de Florencia. Ninguna de las dos se consolidó y mucho menos se conservó, ¿Por qué? La razón de ello fue, a lo que parece, porque fueron acordadas por las autoridades, sin que las grandes masas del clero y los fieles estuvieran preparadas internamente. Pues bien, el mejor modo de realizar tal preparación, al menos en los comienzos, es aquél de que hemos hablado, o sea la recíproca estima entre católicos y hermanos disidentes, y el progresivo conocimiento mutuo. No hay que ilusionarse con las perspectivas de la unión. Hay que superar verdaderas montañas. Urge, pues, comenzar una larga preparación. Además de la labor del Espíritu Divino de la unidad, se necesita la cooperación de todos los bautizados en un largo y paciente esfuerzo de todos para irse acercando poco a poco y comprenderse. El comienzo y la parte mejor de este trabajo es precisamente la recíproca y profunda estima.

† AGUSTÍN, Cardenal Bea, S. J.

SIMBOLO DEL TRIPLE AMOR DE CRISTO

(Glosa a la «*Haurietis aquas*»)

Antes de entrar Pío XII en la sección 2.^a de la segunda parte doctrinal de su Encíclica, en la que nos mostrará las manifestaciones del triple amor de Cristo en su vida terrestre y gloriosa, nos dice: "Con mucha razón es considerado el Corazón del Verbo Encarnado como el índice y el símbolo principal del triple amor con que el Divino Redentor ama continuamente al Eterno Padre y a todos los hombres".

Mas no llega el Papa a esta conclusión sin antes haberla preparado por una serie de razonamientos que con solidez y claridad llevan a ella.

Todo lo que hasta ahora nos ha enseñado el Papa nos ha ido disponiendo gradualmente a que nos convenzamos de esa tesis; y de un modo más cercano lo ha hecho con lo que fue el asunto de los dos anteriores artículos, que en resumen es esto: a) es certísimo que en Cristo hubo dichos tres amores, pues siendo verdadero Dios y verdadero Hombre, fue entero en sus propiedades de Dios, y fue también entero en nuestras propiedades de hombres; fue perfecto en la Divinidad, y perfecto en la Humanidad; y por lo tanto tuvo el amor que es propio de Dios, y los dos amores, el racional y el sensible, que son propios de los hombres; b) así como no se puede dudar de que Jesucristo asumió un cuerpo verdadero, dotado de todos los sentimientos, que le son propios, entre los que descuella el amor; así es también indudable que poseyó un Corazón físico, el miembro u órgano corporal, llamado corazón, semejante al nuestro, ya que sin este excelentísimo miembro es imposible que la vida humana tenga su natural afectividad; c) en Cristo no hubo la más mínima discrepancia, sino que hubo perfecta armonía; fue perfectísimo el orden de sus tres amores.

Pero ahora, y de una manera más directa, nos va a guiar el Papa en la animosa subida o ascensión hacia la conclusión que quiere sacar.

Y, ante todo, presupone el Papa lo que ya queda anteriormente probado, y es un argumento que no tiene vuelta de hoja; a saber: si el amor de Dios, que se nos

revela en el Antiguo Testamento, con ser un amor exclusivamente espiritual, y siendo así que Dios, como purísimo Espíritu que es, no tiene cuerpo, y por lo tanto no tiene corazón; sin embargo de esto, se nos habla tantas veces en las sagradas páginas del Antiguo Testamento del "Corazón de Dios", y se simboliza tan frecuentemente su amor divino, tan sólo espiritual, con el expresivo símbolo del Corazón, ¡cuánto más, y con cuánta mayor propiedad, el amor de Cristo al Padre y a los hombres, que no tan sólo es amor divino, sino también humano, y en cuanto humano, además de tener el amor espiritual o racional, tuvo el amor sensible, se podrá simbolizar, se habrá de simbolizar en su Corazón de carne, en su Corazón Sacratísimo!

Pero, además de este argumento, que se da como cosa bien asentada y supuesta, por lo que el Papa nos enseñó antes, y lo explicamos detenidamente en esta nuestra Glosa, va a proponernos ahora el Papa una serie de argumentos, magistralmente concatenados y declarados, para llevarnos a la definitiva conclusión de que el Corazón de Cristo es el símbolo expresivo de su triple amor.

Esos argumentos se pueden reducir a tres, que iremos exponiendo en lo que queda de este artículo y en el siguiente; a saber, 1.º El hecho, la realidad de que Jesucristo, Hombre perfecto, tuvo un Corazón, Corazón físico, Corazón de carne, no solamente verdadero, sino también sensible, sensibilísimo, capaz de todos los sentimientos, siempre dignos y santos, y de todas las emociones, siempre exquisitamente nobles y ordenadas; y esto, a la luz de la gran verdad de la unión hipostática y del fin mismo de la Redención. 2.º La admirable unanimidad con que los Santos Padres, de consuno, confirman la verdad de que Jesucristo tomó la naturaleza humana para mostrarnos su amor, aún sensiblemente, y así redimirnos y salvarnos más perfectamente. 3.º Los Evangelistas, y tras ellos los mismos Santos Padres nos descubren, aunque veladamente, pero significativamente, el Corazón del Salvador. Tras estos argumentos, la conclusión definitiva. Son, pues, argumentos de preparación.

Primer argumento: la realidad del Corazón "sensible" de Jesús

Como hemos insistido en la hermosa verdad de la perfecta armonía y plenísimo orden entre los tres amores de Jesús, nadie piense que la completa subordinación del amor sensible al amor racional en la Sagrada Humanidad de Cristo, y asimismo la plenísima subordinación de estos dos sus amores humanos al amor divino y a la santísima Voluntad del Padre Celestial, en lo que consiste el orden y armonía de sus amores; nadie pien-

se, repito, que esta subordinación aminorase, impidiese y aún menos apagase en Cristo los naturales sentimientos, las espontáneas emociones del corazón humano.

Por eso nos dice ahora el Papa que Jesús tuvo un Corazón, no sólo real y verdadero, como lo tenemos todos nosotros, no sólo semejante al nuestro en nuestros sentimientos y emociones, sino también sensible, vivísimamente sensible.

Saber esto, y ponderarlo, es de gran importancia, así para conocer más verdadera e íntimamente a Cristo, como para entender también mejor nuestra vida cristiana y los secretos de la vida espiritual de perfección.

Piensen muchos equivocadamente que el someter y subordinar los sentimientos sensibles a los afectos racionales, al amor espiritual, y unos y otros al amor y voluntad de Dios, ya directamente a Él, ya en sus representantes por la obediencia cristiana, es cegar la fuente del corazón, es ahogar y suprimir los naturales sentimientos humanos. No, mil veces no; es todo lo contrario.

En verdad, los que no ordenan sus amores, los que viven en el desorden de su propio amor, víctima y presa de sus concupiscencias desordenadas, son los que propiamente no se aman, al no amarse bien, como lo recordamos en el artículo anterior con palabras preciosas de San Agustín; son los que secan y endurecen su corazón. Por eso, como agudamente observó San Bernardo, cuando San Pablo nos describe la degradación a que habían llegado los gentiles, dice que una de sus grandes miserias, y aún San Pablo lo llama uno de sus crímenes, era el ser hombres y mujeres "sine affectione" (1), sin afectos, sin sentimientos. Es que al concentrar todo su amor cada uno en sí mismo (egolatría, egoísmo), se habían hecho secos, duros, impasibles para con los demás.

Y esto palpamos ahora en el neo-paganismo de nuestros días. Las personas egoístas no tienen amor sino para amarse a sí mismas, buscando su propio querer, su propio interés en todo; y como la fuente del corazón humano es limitada, y esas personas han vuelto el caño de su amor hacia sí mismas, ya no les queda amor, amor digno de este nombre, para otra cosa ninguna; tienen el corazón seco y duro para con sus prójimos, y aún, ¡oh desdicha!, para con Dios.

Todo lo contrario en nuestro amantísimo Jesús. Abrió amplísimo cauce a todos los más hermosos, vivos y dignos sentimientos del corazón humano; y al concertarlos y armonizarlos con los grandes y nobilísimos afectos de su amor espiritual, de su amor racional humano, fue para perfeccionarlos todos, dirigiéndolos y ofreciéndolos todos a la Gloria del Padre Celestial y para nuestro inmenso bien. Aquella fuente riquísima e inagotable de su Corazón, era para el Padre y para nosotros; sus caños de vivísimos sentimientos no los tenía Jesús vueltos hacia Sí mismo, sino hacia el Padre y hacia sus hermanos, los hombres.

Ni tan sólo nos afirma esto el Papa, sino que lo prueba; y su primer argumento es a la luz de la gran verdad de la unión hipostática y del fin mismo de la Redención. Habla el Papa:

"El hecho de que el Verbo de Dios haya tomado una verdadera y perfecta naturaleza humana, y se haya plas-

mado y como modelado un Corazón de carne, que, no menos que el nuestro, fuese capaz de sufrir, de ser herido, de ser alanceado, este hecho, decimos, si no se le ve y se le considera a la luz que emana no sólo de la unión hipostática y sustancial, sino también de la verdad de la humana Redención, que es, por decirlo así, el complemento de aquélla, podría parecer a algunos *escándalo* y *necedad*, como de hecho pareció a los judíos y gentiles *Cristo Crucificado* (2). Ahora bien: los símbolos de la fe, perfectamente concordes con las Divinas Escrituras, nos aseguran que el Hijo Unigénito de Dios tomó la naturaleza pasible y mortal con la mira puesta principalmente en el Sacrificio cruento de la Cruz, que Él deseaba ofrecer con el fin de consumir la obra de la Salvación de los hombres.

"Esta es, además, la doctrina expuesta por el Apóstol de las Gentes, con estas palabras: 'Porque todos, así el que santifica como los santificados, traen de uno su origen; por cuya causa no se desdeña de llamarlos hermanos, diciendo: anunciaré tu Nombre a mis hermanos... Item: heme aquí a Mí y a los hijos que Dios me ha dado. Y por cuanto los hijos tienen comunes la carne y sangre, Él también participó de las mismas cosas... Por lo cual debió, en todo, asemejarse a sus hermanos, a fin de ser un Pontífice misericordioso y fiel para con Dios, en orden a expiar los pecados del pueblo. Y precisamente por razón de haber Él mismo padecido y sido tentado, puede también dar la mano y socorrer a los que son tentados'" (3).

Lo cual es decir que el Hijo de Dios, así como tomó un cuerpo, no sólo verdadero, sino también singularmente sensible, aptísimo para todo sufrimiento corporal, así tomó un Corazón, no sólo verdadero, sino también exquisitamente sensible, aptísimo para todo sufrimiento interior. Jesús tomó un Corazón cuyas delicadísimas ternuras y suavísimas dulzuras las difundía en torno de Sí, y las derramaba a raudales sobre los demás; pero se reservaba para Sí mismo las tristezas, las amarguras, todas las penas interiores.

Quiso parecerse a nosotros, sus hermanos, en todo, menos en el pecado y en el desorden; y ofreciendo al Padre Celestial sus dolores corporales y sus penas internas, satisfizo por todo lo que nosotros, al contravenir a la voluntad del Dios, buscamos de gusto en nuestros sentidos y de deleite en nuestra carne; como también ofreciendo las penas íntimas de su Corazón, satisfizo por los gustos y satisfacciones o complacencias que interiormente buscamos y nos procuramos al seguir nuestro propio juicio, al hacer nuestra propia voluntad y al complacer a nuestro propio amor. Así nos mostró Jesús más su amor; nos redimió más amorosamente.

(1) Rom., 1, 31.

(2) I Cor., 1, 23.

(3) Hebr., 2, 11-14; 17, 18.

Segundo argumento: los testimonios de los Santos Padres

A continuación nos prepara el Sumo Pontífice para la conclusión que es el ápice y como la clave de toda la Encíclica, por los testimonios de los Santos Padres, que nos presenta en breve y precioso florilegio, y como botones de muestra de otros testimonios innumerables.

Acerca de lo cual hemos de recordar primero que con el nombre de Santos Padres de la Iglesia, designamos estos tres grupos de varones egregios: a) los llamados Padres Apostólicos, o discípulos de los Apóstoles, a fines del siglo I y comienzos del II; b) los Padres Apolo-gistas, del siglo II y comienzos del III; c) los Padres de la Iglesia, grandes Doctores de ella, de los siglos III, IV y V.

En todos ellos hemos de considerar dos aspectos:

1.º Son, en primer lugar, los testigos veraces y trasmisores fidelísimos de la Tradición Apostólica; es decir, recogieron y consignaron en sus escritos toda la revelación de Jesucristo, no sólo la que nos consta por los Libros del Nuevo Testamento, sino también la que, sin estar en esos Libros, la comunicaron la palabra los doce Apóstoles, más S. Pablo y S. Bernabé, como de palabra la habían recibido los Doce de labios del Divino Maestro.

2.º Son, en segundo lugar, los Santos Padres los Maestros sapientísimos, los Doctores autorizados que nos explicaron toda la revelación, toda la verdad revelada por Dios, así la que está en los Libros del Antiguo Testamento, como la que se contiene en los Libros del Nuevo Testamento, y la que por tradición oral enseñaron los Apóstoles, como recibida de Jesús. Y al comentar y exponer los Santos Padres la Divina revelación, tuvieron el soberano acierto de hacernos ver cómo toda ella se centra en Jesucristo; y cómo el Amor de Jesucristo es la clave, la explicación, el motivo de toda su Vida y de toda su doctrina, lo mismo que de toda su Obra de salvación y redención, y de la fundación de la Iglesia para perpetuar y extender a todos los hombres su Obra redentora y salvadora para la vida eterna.

Profundos conocedores ellos de Cristo, ardientes amadores de Cristo, y heroicos seguidores de Cristo, nos hacen ver todos ellos, y por encima de todo, lo que Cristo

es para nosotros por el inmenso amor con que nos amó.

Es Cristo, nos dicen, el Redentor en quien hemos de confiar; el Legislador, Señor y Rey a quien hemos de obedecer; y el Modelo supremo, el ejemplar perfectísimo, el Ideal de vida que hemos de imitar y seguir.

Como Redentor, nos rescató y nos salvó porque nos amó, pues se entregó a la muerte, y muerte de Cruz, para darnos la verdadera vida; como Legislador nos dio sus leyes, preceptos y consejos porque nos amó, pues todo es para nuestro bien; y, además, imprimió y sigue imprimiendo en nuestro corazón la ley del amor, por la acción vivificante del Espíritu Santo en nosotros, para que así cumplamos nosotros por amor a Él todo lo que Él por amor a nosotros nos manda o nos aconseja, con lo cual nos hace su yugo, suave, y su carga, ligera (4), ya que, como dice S. León Magno, "no se sirve con forzada servidumbre cuando se ama y se quiere lo que nos es mandado" (5); y como Modelo, ejemplar e Ideal de vida, nos manifiesta y nos patentiza de tal manera, aun sensiblemente, su amor inmenso, amor operante y sacrificado por nuestro bien, que, ganándonos por el corazón, atrayéndonos a su amor, nos atrae suave y eficazmente a su seguimiento para que vivamos como Él vivió, imitando sus virtudes con el omnipotente auxilio de la Gracia divina, que Él nos mereció, y que a torrentes nos comunica, como raudales de aguas vivas, que brotan del manantial perenne, siempre abierto, de su amantísimo Corazón.

Tal es, en conjunto, el valor y el contenido de los testimonios de los Santos Padres; y con esto quedamos bien preparados para contemplar en el artículo siguiente el glorioso desfile que el Papa nos presentará de los Santos Padres, los cuales, con sus admirables testimonios, nos van a ofrecer, como en canastillas de oro, los frutos ricos y sazonados de su íntimo conocimiento del Corazón de Cristo.

Roberto CAYUELA, S. J.

(4) Mt., 11, 30.

(5) Serm., 89.



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Abril - 1962

GENERAL: Que todos los enfermos hallen consuelo y sostén en la Fe y Esperanza Cristianas.

MISIONAL: Que la libertad de enseñanza se defienda e instaure en los países de Misión.

PENSAMIENTOS ANTE UN ALTAR BARROCO

Estamos hoy oyendo a todas horas que, por ser el santo sacrificio de la Misa el centro de la Liturgia, y el templo el lugar sagrado donde esa liturgia se despliega, deben suprimirse las tradicionales ornamentaciones que ofuscan el altar y roban la atención al misterio que en él se realiza. Fuera retablos, y mucho más si son de estilo barroco, fuera imágenes de misterios, de los santos y de la misma Virgen María, Madre de Dios; y si alguna de ésta, no en el centro sino a un lado y fuera del altar. Una mesa de mármol o de vulgar piedra sobriamente tallada, sobre sencillas columnas, más para sostén que para adorno, un sagrario en la parte posterior central de la mesa, encima del sagrario un crucifijo, y, a ambos lados, los seis candeleros homogéneos en sobriedad y calidad con el conjunto; he aquí lo que cierta filosofía moderna del arte religioso y de la vida litúrgica recomienda o consiente. Ni capillas, ni altares laterales, ni menos estatuas o pinturas situadas en zonas recoletas del templo. Las mismas decoraciones de los muros, techos y bóvedas han de ser nulas o sobrias. Todo ese ornato quita importancia al altar y al santo sacrificio que en él se consume y, en el mejor caso, divierte la atención a aspectos marginales de la religión. Es claro que no todo arte religioso moderno profesa tal radicalismo y exclusivismo; pero sí hay artistas y críticos que así sienten, y pretenden obrar en consecuencia.

Muy lejos estamos muchos de aprobar esta filosofía, tan contraria a la tradición católica, tan mutiladora del sentido pleno del dogma, tan incompatible con las exigencias de la naturaleza humana que es inteligente, pero también sensible y de forma que nada entiende que de algún modo no sea previamente sentido.

Cierto que el santo sacrificio de la Misa y el augustísimo sacramento de la Eucaristía — van juntos — son algo central en la religión cristiana; pero no son el único dogma, ni aún siquiera el fundamental. Este es el de la Trinidad augusta: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, Dios Uno y Trino, *Creador y Redentor* del mundo por amor. Y si bien, en la obra misma redentora cam-

pean la inmolación cruenta del Verbo encarnado en el ara de la Cruz, y la donación de su Cuerpo y Sangre como alimento y como bebida en el sacramento de la Eucaristía, no agotan el contenido de los misterios revelados conducentes todos a la misma redención. Cristo no sólo muere por nosotros y nos alimenta espiritualmente con su ser físico, sino que vive treinta y tres años de existencia temporal durante los cuales nos enseña verdades con sus palabras y sus ejemplos; verdades que hemos de creer y practicar; instituye diversos sacramentos que, según las circunstancias, se han de recibir; funda y organiza jerárquicamente una Iglesia en que su doctrina y su vida se comunican, se perpetúan y se garantizan.

A Cristo y a su santa Iglesia, por disposición de la Trinidad augusta, fue asociada la Santísima Virgen María, no sólo para darle al Salvador su ser físico humano, cuidarlo y desarrollarlo hasta llevarlo a la plenitud que la misma naturaleza exige, sino para colaborar con Él íntimamente, con identificación absoluta de ideales, en

la obra redentora, y ser también así Madre de su cuerpo místico.

María es en real sentido, no meramente figurado, Madre espiritual de los hombres, por ser generadora de su vida sobrenatural, al hacer oficio de corredentora, de mediadora y de distribuidora de la gracia con que esa vida se origina, se sustenta y se desarrolla.

En una palabra, al dogma católico pertenecen todas las verdades del *Credo y de los Artículos de la fe*, todos los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos que el Evangelio nos refiere y en parte nos recuerda la recitación del santo Rosario, todas las enseñanzas tradicionales sobre la comunión y la intercesión de los santos, sobre la muerte, el juicio, el infierno y la gloria.

Pues bien, la liturgia no se ordena solamente a la conmemoración y reproducción del sacrificio del altar y a la veneración del augustísimo sacramento de la Eucaristía, que van juntos, sino también de los otros sacramentos, dogmas y misterios; al culto no sólo de Jesucristo, sino de la Santísima Trinidad, de la Virgen y de los santos; y al ejercicio de la oración en múltiples formas, y dirigida no sólo al Redentor, sino a las tres divinas personas, a la Madre de Dios y Madre nuestra, a los ángeles y a todos los bienaventurados.

Ocupen, sí, el altar y el misterio de la Misa el lugar y honor que les corresponden, y no se les robe la atención y devoción que merecen; pero ofrézcanse a la consideración y fruición de los fieles, también las otras verdades que han de creer, practicar y saborear: verdades que, lejos de apartarlos de Cristo Redentor, los unen más íntimamente a Él, poniendo de relieve sus perfecciones, sus bondades y todos los bienes inefables de su obra de salvación.

Los espléndidos retablos, en que se representan los diversos misterios de la fe, han sido, son y deben seguir siendo para el pueblo cristiano un necesario y no sólo útil recordatorio o ilustración del contenido de la revelación. Magnífica y eficaz predicación de la vida cristiana que, lejos de apartarlo del altar, del santo sacrificio y del venerable sacramento, lo disponen psicológicamente para mejor comprenderlos, más hondamente sentirlos y más cordialmente agradecerlos.

Incluso esos retablos barrocos son manifestación conmovedora de un vivo sentimiento de la sabiduría, potencia y caridad de aquel Señor que se inmola sobre el altar y está por amor nuestro en el sagrario: ninguna forma es suficiente para expresarlas, y por eso, el artista consciente, prodigó el concurso de cuanto pueden ofrecer la naturaleza y el arte. ¿Qué ese recargo ofusca el misterio y roba la atención? Todo lo contrario. Hace pensar en seguida que Jesucristo, Verbo encarnado y Redentor, es digno de que todo se ponga a su servicio, y el Cielo, la Tierra y los Abismos, doblando ante Él la rodilla, le consagren todas sus riquezas y sus más preciosos dones.

Si la persona que entra en una iglesia, aunque creyente, es inculta en materia religiosa y menos habituada a la reflexión y a la oración, no se sentirá, ciertamente, más elevada al mundo sobrenatural por esa sobriedad

mezquina de la aislada mesa del sacrificio, que por la exuberancia del altar barroco; y si es culta, verá en éste una convergencia de todo lo bello del mundo en la alabanza del que cada día, precisamente en aquel altar, se inmola por la gloria de la Santísima Trinidad y la santificación del hombre. No le restará atención a Jesucristo la ornamentación, sino que, al revés, se la despertará, porque toda ella carece de sentido si no es interpretada como canto de su gloria.

La condición de seres sensibles, que no pueden percibir lo inteligible, si no pasa primero por los sentidos, y mediante las imágenes y analogías de lo corpóreo, se verifica también en los hombres cultos; y por eso también éstos se elevan a Dios con mayor facilidad apoyándose en las bellas expresiones de la naturaleza y del arte sabiamente utilizados, es claro, que prescindiendo de ellas.

Con la absoluta *abstracción* de lo material, es imposible penetrar en la realidad del espíritu. Ni siquiera se daría el deseo de tal penetración; porque no habría conocimiento, ni, por tanto, deseo del mismo espíritu. *Nihil volitum quin praecognitum*, y no puede conocerse el espíritu sino a través de la materia sensible.

Atendiendo bondadosamente a esta condición humana, en la plenitud de los tiempos, dispuso la Trinidad Augusta que el Verbo divino encarnase y sensibilizase la divinidad en la forma bella y atractiva de la perfectísima humanidad de Jesucristo, que no es sólo víctima expiatoria, sino ideal y modelo del ser humano. Y por eso — nos lo enseña la vida de los santos y nos lo enseña el magisterio de la Iglesia — para ir a Dios no hay camino más fácil y seguro que la consideración, amor e imitación del Salvador, Dios Hombre. “Yo soy el camino”, dijo Él. Y el que a Él ve, ve a su Padre. Él y su Padre son una misma cosa, pero inaccesible por la pura abstracción, y sólo inteligible, cual conviene, por el contacto con aquella privilegiada naturaleza humana de Jesucristo.

¡Devotas capillas laterales: silenciosas, recogidas, más aisladas que lo restante del templo, donde almas, especialmente tocadas de la gracia de Dios, se retiran para que nadie perturbe su intimidad con su Padre celestial, con su Redentor Jesucristo, con la Virgen María o con un santo de su particular devoción! ¿Es qué todo esto no es cristiano, o es que en algo se opone a la auténtica cristiandad? ¿O es que a fuerza de repetirnos estos años la verdad — pero parcial verdad solamente — de que somos una familia de Dios, un cuerpo místico, y debemos orar en común y decir: *Padre nuestro*, hemos olvidado que cada uno es hijo de Dios, que cada uno tiene sus peculiares problemas, necesidades, llamadas al ideal y responsabilidad personal; que personalmente se salva, se santifica, se pierde; que, por lo mismo, ha de orar también a su Padre *in abscondito* y dialogar con Él a solas como un hijo en la intimidad? ¿O es que por tratar en particular con Dios se aleja uno de la comunidad, cuando en la soledad puede también sentirse solidario de sus hermanos e invocar a Dios por todos, como Moisés en el Sinaí, como Samuel, como San Pablo y todos los apóstoles de Cristo de todos los tiempos, y, al unirse más estrechamente con Cristo, se une realmente más con todos los miembros del cuerpo místico, y más contribuye al bien espiritual de toda la Iglesia?

Todos los extravíos en la fe, en la moral y en el culto,

han venido siempre de perder el punto de armonía entre aspectos igualmente reales y santos, pero divergentes y en algún modo contrarios: gracia divina y cooperación humana, comunidad e individualidad, culto social y culto de cada individuo, oración en común y oración solitaria. Aspectos que deben coexistir, porque se derivan necesariamente de la naturaleza humana y de nuestras relaciones con Dios Creador y Redentor, y porque están canonizados por la Escritura, la tradición eclesiástica y el magisterio de la santa Iglesia.

Bendita sea también la elocuencia bienhechora de los retablos que presentan a la consideración del pueblo fiel la suma de los sagrados misterios de la fe cristiana y los meten al fondo del alma por los ojos, a través de encantadoras formas expresivas que los hacen inteligibles y amables.

Y en esos retablos, en el centro, sí, en el centro, no al lado, la Virgen María, Madre de Dios, que, estando como está en el Corazón de su divino Hijo, y siendo centro ella misma del amor de las divinas personas, es natural que ocupe un lugar central del templo donde converjan las miradas de todos, como han de converger los corazones.

¿Es qué por estar en el centro del retablo usurpa el lugar principal, que es el de su Hijo, en el centro del altar y en el sagrario? ¿Es que un cristiano instruido, que vea a la Virgen en el mismo eje vertical del ábside va por eso a identificarla con Jesucristo, que, por otra parte, como acabo de indicar, ocupa el puesto más honroso, el sagrario, el centro del altar?

Reprensible me parece esa cautela puritana, concesión al espíritu protestante, de no encumbar a la Virgen más de lo debido, como si, supuesto que ningún cristiano instruido la sitúa en el lugar de Dios, pudiera encumbrarla bastante, o padecer escándalo porque la venerada imagen esté en el sitio más honroso del retablo, que es el que realmente le corresponde.

No es bueno, ciertamente, que toda la religión de ciertas personas ignorantes se reduzca a una tradicional afectividad hacia la Virgen, y, a veces, a tal Virgen sin el debido conocimiento y amor a Jesucristo. Pero ese mal, menor, a mi parecer, que el puro deísmo o, a lo más, exclusivo cristismo de algunos teólogos progresistas, se remedia con la competente instrucción religiosa, teórica y práctica, no con las campañas contra la presunta inflación mariana, ni con esa expulsión de la Madre de Dios de su morada propia, para relegarla, como quien dice, al suburbio de una hornacina marginal o de una peana voladiza incrustada en un muro lateral.

Claro que no se pretende con lo arriba dicho canonizar los abusos, indiscutibles, en la línea de lo barroco y recargado, pues el arte sagrado, supuesta su funcionalidad específica de llevar las almas a Dios, ha de conformarse con los eternos cánones del arte en general: equilibrio, armonía de contrarios, sencillez, sobriedad en la misma majestad y elegancia de sus peculiares temas; sino condenar el exceso en la supresión y abstracción de formas sensibles, y el empleo de formas raras, extravagantes y carentes de toda analogía con el misterio sagrado, y de eficacia para producir el sentimiento de la verdadera devoción.

Tampoco, ni de lejos, se pretende condenar el arte moderno, que, al revés ha de promoverse, pero inspirándose siempre en el eterno criterio de utilizar la analogía

del mundo natural y sensible, para introducir las almas en la verdad, belleza, santidad y felicidad del sobrenatural e inteligible.

Esas relaciones analógicas serán, entre ciertos límites, diferentes, según las diversas culturas, y la del hombre actual tiene, sin duda, sus peculiares exigencias; pero

donde, prescindiendo de ellas, se abusa de la abstracción, o se utilizan formas sin conexión patente con lo representado o sugerido por la presunta obra artística, podrá haber filosofía más o menos caprichosa, y hasta refinada técnica, pero no arte, ni menos arte sagrado, el arte que desea la Iglesia.

E. GUERRERO, S. J.

JULIO CAMBA: PROFUNDIDAD DE LO INTRASCENDENTAL

Con su muerte, hemos perdido un admirable catador de la profundidad de las superficies. Como hay catadores de vino, que descubren sólo con mojar los labios, con precisión absoluta, su graduación, Julio Camba, ingenioso, despreocupado, periodista y viajero, pasó por el mundo rozando la epidermis de las cosas, pero insinuando toda su hondura, su trascendencia y su profundidad.

Con su sorna céltica, con su humor al brazo como una gabardina, su risa mordaz no perdonaba aspecto alguno de la realidad. Indudablemente — escribía en una ocasión, en uno de aquellos sus artículos brevísimos, que constituyen la grandeza y la totalidad de su obra literaria —, no hay ni habrá jamás método alguno que le libre a uno de morir, y por eso me parece a mí tan razonable la conducta de aquel centenario que decía:

—Todas las mañanas, a primera hora, me llevan el periódico a la cama. Yo lo cojo, lo ojeo, veo las esquelas de defunción, y sólo me decido a levantarme cuando me convenzo de que no hay ninguna a mi nombre.”

El artículo que remata con tan jugosa y regocijada conclusión, no puede ser más ligero. Tiene la ligereza del ingenio embromado.

Uno tomaría a broma la anécdota de Manolo, amigo del escritor, postrado en la cama en estado de extrema gravedad, pero confortado, regocijado y alentado por el optimismo psíquico. No se me escapa que el optimismo es psíquico, o es inexistente. Un optimismo no es como un gabán, que nos cae desde fuera sobre los hombros y la espalda. El optimismo, a nosotros y a Manolo le salía de dentro. Se lo había impuesto el método de curación, interior, por íntimo convencimiento, procedimiento que anuncia la medicina psicósomática.

Bastaba, según Coué, con que el enfermo, por apaleado que se encontrara, expresase esforzando el júbilo de la voz, su estado espléndido, para que la voluntad, el optimismo, el psiquismo, se convirtieran en realidad, asimilándose como los alimentos a la sangre, al buen funcionamiento del organismo, y llenando a éste de agilidad y vida. Pero Manolo, pese al optimismo *couéiano*, acabó — como observa el escritor zumban — “estirando la pata”.

Seguramente, la lección de este artículo, como el de toda la obra de Camba, sea la de la realidad, arrolladora, dominante, que acaba por imponerse a las ilusiones. En “El Hipparion”, se mofó con un rumor de superficialidad soterraña, del hallazgo prehistórico de Odón de Buen, quien quiso reconstruir el Hipparion de la época terciaria a base del esqueleto de un burro que habían enterrado días atrás ciertos aldeanos en los alrededores de Tarrasa. La humanidad, en ésta como en las demás anécdotas, las zumbantes y pintorescas anécdotas de los artículos del escritor, está compuesta por una suma ilimitada de personajes que imaginan las cosas como no son, porque les molesta resignarse a ellas.

Y en este choque, en este contraste, entre la verdad que nos cuentan las cosas, y la versión que de ellas dan los hombres, se halla la esencia de un humorismo, al parecer frívolo, ligero y despreocupado sólo en apariencia. ¿Quiere usted más fuerza corrosiva, más zumo de penetración, mayor sublimidad de lo grotesco que la alcanzada en el artículo que dedicó a la visita de Herriot a España, y que lleva por título “Cinco duros de fruta”?

Lo mismo puede decirse de otros — “El olor de las ciudades”, “Mi amigo el derviche”, “*Bougre de Salaud*”, “Plumas de avestruz” —. La humanidad es ridícula, o mejor cae en el ridículo por una insensata y tenaz falta de sentido común. En este aspecto han sido hallazgos de dimensiones geniales los artículos que dedicó a los pueblos. alemanes, franceses, ingleses, españoles, o italianos, son considerados, espíados, analizados, a través de distintos prismas. No importa la lente. Lo esencial es el resultado de la observación. Así, el espejo en que se reflejan los pueblos puede ser una cacerola reluciente a punto de preparar un guisado. Guisados, comidas, manjares, refinamientos gastronómicos, habilidades culinarias, retratan también a los pueblos, y sirven al formidable ironista para jugar, punzar, sajar, analizar, compulsar, y retratar en un desfile de figuras grotescas.

Las páginas que dedicó a los ingleses y a los alemanes, son de la más alta calidad humorística. El humorismo de Camba, preciso es advertirlo, resbala siempre, in-

tencionadamente y con agudeza y ambición, por la pendiente de los valores satíricos. El puro humor tiene algo de aséptico que no encierra la prosa ágil de Julio Camba, demasiado preocupado de la vida para desentenderse de ella; pero demasiado vital, demasiado "bon vivant" para tomársela demasiado en serio y quejarse de su dureza con amarguras y ascos.

En este punto nada sirve tanto para perfilarnos la situación de su humorismo como su enfrentamiento con la amargura de Larra en el artículo titulado "Nochebuena". La vida, la sociedad, el mundo, para Camba son criticables, sólo eso. Pero nada hay en ellos que, sin un ademán hepático y artificioso, pueda conducirnos a la desesperación.

Aunque lo humano le merezca a veces una triste consideración, al punto de que los fieros leones pierden su dignidad cuando se humanizan, y ya es malo decir de un hombre que ha obrado de tal o cual manera porque eso es humano; lo humano le regocija, le alienta en su caminar por la vida, lo descubre por doquier, en todos los seres, en las salsas, en las frutas, en los spaghetti o en las focas, en las plumas del avestruz o en los millones y narices de los millonarios.

No me parece el humanismo de Camba de los más ricos en técnicas premeditadas, por tratarse de un supremo alarde de espontaneidad. Con una espontaneidad fresca y sabrosa reduce las cosas al absurdo, extrapola paisajes y situaciones, o juega ágilmente con los hilos brillantes y tentadores del más refinado y vivaz de los ingenios.

Como en los mejores representantes del humorismo mundial, el mundo es contemplado desde un nuevo punto de vista. "Pueden estar ustedes completamente seguros de que ni en los tiempos que corren no es uno millonario todavía, su buen trabajo le cuesta el conseguirlo. Hoy, en efecto, las facilidades para ganar millones son enormes y las tentaciones tan difíciles de resistir, que sólo con una gran fuerza de voluntad pueden algunas personas seguir sin dos reales".

La antología podría iniciarse con esta cita, y convertirse en un gozo interminable. Pero Camba es el creador del artículo breve, de elegante sobriedad literaria, y, aunque tarde, en este final al menos, le quisiera rendir con mi imitación un homenaje.

Francisco SALVÁ MIQUEL

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

(O) *LIVRO DA CONFIANÇA*, del P. Thomas de Saint Laurent, suplemento del periódico brasileño "Catolicismo", I Congreso Latino-americano. Industria Gráfica, S. A., São Paulo.

El primor de la impresión de este libro está a la par de su contenido. Desde la alegórica portada hasta el colofón es un eco de "la voz de Cristo, voz misteriosa de la gracia que resuena en lo profundo de nuestros corazones". No expone nuevas teorías: extrae del Evangelio las palabras de Jesús invitando a la confianza y evidencia las fallas humanas que tantas veces las hacen estériles: "muchas almas tienen miedo de Dios... a otras les falta la fe". En seis capítulos breves, concisos y claros desarrolla, con el aval de las frases evangélicas, la naturaleza, las razones, los frutos de la confianza en Dios y la necesidad de esta confianza tanto en lo material como en lo espiritual. Las numerosas referencias y notas que acompañan a cada uno de los capítulos indican la copiosa documentación que ha permitido al autor tratar, con brevedad y sencillez, tema de tan capital importancia con el vigor y profundidad que adquieren en este libro.

L. S.

A *BORDO DEL "SANTA MARÍA"*, por J. M. Martínez Hidalgo, Director del Museo Marítimo de Barcelona. Publicación de la Sección de Prensa de la Diputación Provincial de Barcelona. Imp. Casa Prov. de Caridad, Barcelona, 1961.

La rica y perfecta presentación acostumbrada por la Sección de Prensa de la Diputación de Barcelona, da un merecido relieve al libro de J. M. Martínez Hidalgo sobre "la nave más célebre del mundo después del Arca", cuya copia desde noviembre de 1957 quedó afecta al Museo Marítimo de Barcelona. Profusión de grabados ilustran sobre la diversidad de embarcaciones conocidas en la época; el texto explica las diferencias existentes entre las "naos" del Atlántico y las del Mediterráneo comparándolas con las características de la "Santa María"; des-

cribe la vida a bordo de dicha nave desde el anuncio del alba, relevo de las guardias, pregón de las comidas, ronda nocturna, etcétera; el alojamiento, el vestuario, el nombre conocido actualmente de ochenta y siete de los noventa hombres que formaron las dotaciones de la flotilla descubridora con textos auténticos y completa esta documentada y atractiva exposición un plano a escala de la misma "Santa María".

L. S.

TÚ *SERÁS REY*, por Anacleto González Flores, 18 x 11,5; 153 páginas. Ed. COMITÉ CENTRAL DE LA A.C.J.M., México, 1961, 3.ª edición.

EL *PLEBISCITO DE LOS MÁRTIRES*, por Anacleto González Flores. 18 x 11,5 cm.; 287 págs. Ed. COMITÉ CENTRAL DE LA A.C.J.M., México, 1961, 2.ª edición.

El primero de estos libros constituye una llamada vibrante a la integración cabal del joven de todos los tiempos, no a lo superficial y transitorio sino a la idea fundamental que ha de regir la vida del que quiere levantarse sobre lo que en la dramática actualidad envilece y bestializa a gran parte de la juventud arrastrándola al triste furor de la demencia. González Flores le muestra la majestad de su destino y la posibilidad de dejar de ser esclavo.

"El Plebiscito de los Mártires" lo componen una serie de artículos ya publicados en diferentes periódicos y revistas de América. La resonancia que cada uno de ellos tuvo en su día por referirse a cuestiones candentes es actual en todos los tiempos puesto que también contienen un fondo doctrinal cuya validez no caduca.

El rápido agotamiento de las primeras ediciones de ambos libros que ha obligado a una 2.ª y 3.ª edición prueba el interés que han despertado y la excelente acogida prestada por el público.

L. S.

NOTA DE LA ADMINISTRACION

Comunicamos a nuestros lectores que, habiéndose publicado los índices para el volumen 1960/1961, al igual que en años anteriores nos encargamos de la encuadernación de los mismos. Su precio es de 35, - Ptas.

Asimismo podemos ofrecer a los señores suscriptores que lo deseen, las colecciones de los años anteriores al de su suscripción, en las mismas condiciones ventajosas en que veníamos haciéndolo.

Juan Piera, S. A.

ALMACENES Y DERIVADOS

TREFILERIAS Y LAMINACION

DE ALAMBRE DE HIERRO Y ACERO EN TODOS LOS PERFILES
Y PARA TODAS LAS APLICACIONES

Oficinas: Tenor Massini, 61 - Teléfono 239 27 10 - Fábrica: Rosés, 10 al 24
BARCELONA

**CONSTRUCCION DE HUSOS, CILINDROS RAYADOS
ESTIRAJES PARA CONTINUA Y MECHERA**

JUAN PAYAS, S. A.

Licenciados S K F

FUNDICION, TALLERES Y OFICINAS:
San Antonio M.^o Claret, s/n
Teléfono 2600

M A N R E S A

REDACCION: Lauria, 15, 3.^o - Telf. 221 27 75 - ADMINISTRACION: Diputación, 302, 2.^o - Telf. 222 24 46